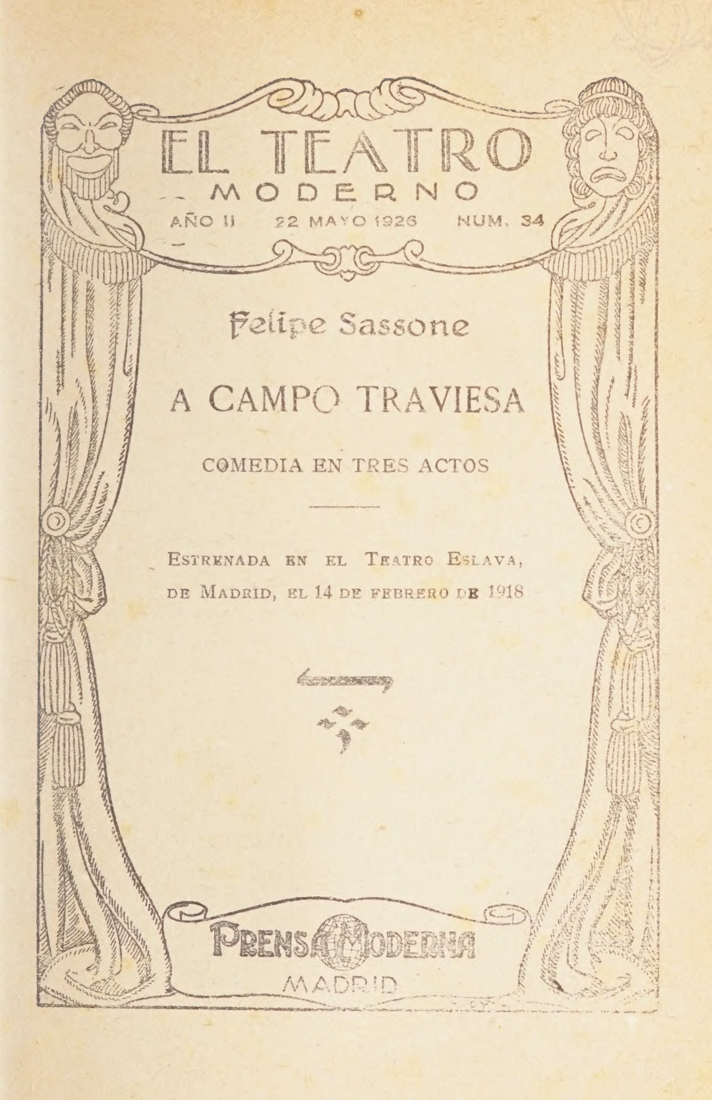
EL TEATRO MODERNO

A CAMPO TRAVIESA

POR FELIPE SASSONE





EL TEATRO MODERNO

AÑO II 22 MAYO 1926 NUM. 34

Felipe Sassone

A CAMPO TRAVIESA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Eslava, de Madrid, el 14 de febrero de 1918

PRENSA MODERNA
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Isabel	*Catalina Bárcena.*
Elisa	*Carmen Muñoz.*
Clarita Bermúdez	*Carmen Sanz.*
Amparo	*Josefina Almarche.*
Concha	*Isabel Garcés.*
Don Juan Hidalgo	*Ricardo de la Vega.*
Enrique	*Francisco Hernández.*
El duque de Vistabella	*Pedro Sepúlveda.*
Roberto	*Manuel Paris.*
Juan de Dios	*Fernando Aguirre.*

Derecha e izquierda, del actor. La acción en Madrid, primero y tercer actos. El segundo en San Sebastián. Del día.



ACTO PRIMERO

Una sala antigua y severa. La pared de la derecha oblicua hacia la izquierda, formando chaflán, tiene una puerta de arco cubierta por un portier. En la pared del fondo, separadas por un piano vertical, dos puertas: la de la derecha, que da a un pasillo; la izquierda, a la calle. En el pasillo correspondiente lucirá una panoplia con armas antiguas. En la pared de la derecha, en segundo término, una ventana; en primer término una puerta. Entre puerta y ventana una chimenea alta. Frente a la chimenea, una mesa con dos butacones amplios y profundos. A la derecha un sofá con una piel delante y algunas sillas. Lámpara al centro, de varias luces.

ESCENA I

Son las diez de una noche de invierno. La escena aparecerá iluminada tan sólo por la luz de la calle, que entra por la ventana, y el resplandor de la chimenea, donde luce un buen fuego. Después de una pequeña pausa, cesa la lluvia y empieza a silbar el viento en la ventana. Suena un timbre, luego otro, y del fondo derecha, cruza a la de la izquierda y hace mutis, *Concha,* una doncella guapa y pizpireta. Se oyen voces dentro.

VOZ Con. ¡Las manos quietas, señorito! Que no, que grito, señor Duque... *(Entra en escena seguida del Duque de Vistabella, un vejete de sesenta años atildado y presumido. Viene con el impermeable hecho una sopa, y trae de idéntica guisa sombrero y paraguas.)*

Concha y el *Duque.*

CON. ¡Mire que grito!
DUQUE. Es, tú estabas ronquita...
CON. No, señor, señor Duque, que estoy muy buena.

DUQUE. *(Queriendo tocarle la cara.)* ¡Y tan buena como estás, picarona!
CON. ¡Vamos!
DUQUE. Es para que sientas el frío que hace, mujer...
CON. Pero si viene usted con guantes, señor Duque... Además, si tiene usted frío, ahí está la chimenea.
DUQUE. ¡No estás tú mala calefacción!
CON. Bueno, voy a avisar.
DUQUE. No, no, espera. ¿Están comiendo?
CON. Terminando de cenar, señor Duque.
DUQUE. ¿No hay nadie de fuera?
CON. Sí, señor, señor Duque; la señorita Miralles...
DUQUE. Miralles, Miralles...
CON. Sí, doña Amparito, ¿no recuerda?
DUQUE. ¡Ah, sí, calla, calla, no conozco otra cosa, Amparito!... ¡Muy guapa, ya lo creo!
CON. Está también ese señorito que escribe en los papeles... Don Roberto...
DUQUE. ¡Caramba, caramba, el señorito Roberto otra vez!...
CON. Sí, señor, señor Duque. ¡Parece muy entusiasmado con la señorita Isabel!..., o con la señora Elisa. ¡Vaya usted a saber!
DUQUE. ¿Qué me dices?
CON. Aunque una no se fije, a veces se entera una sin querer... Viene todas las noches y luego se van los tres al cine, el señorito Roberto, la señora y la señorita Isabel.

ESCENA II

Dichos y *Don Juan Hidalgo,* foro derecha.

(Es un viejo fuerte y guapo; sencillo, pero muy elegante en su sobriedad. Usa una hermosa barba blanca a la española. Trae aún la servilleta prendida al chaleco, y al ver al Duque, saca el reloj y exclama en tono de cariñoso reproche.)

JUAN. ¡Hombre, por Dios!
DUQUE. ¡Señor don Juan Hidalgo!
JUAN. Son las diez de la noche, Pablo, ya te podíamos esperar...
DUQUE. Señor don Juan de las barbas de plata... *(Se quita el impermeable y lo entrega con el sombrero y el paraguas a Concha, que hace mutis con todo por la puerta de la calle para volver en seguida.)*
JUAN. Nada, nada, eres un informal, un trápala... Además, no habrás comido, claro...
DUQUE. No, pero no tengo gana...
JUAN. Nada, nada. *(A Concha, que vuelve.)* Mira, Concha, que preparen unos...
DUQUE. No, deja, no tengo gana, de veras... Tomé un lunch muy historiado, muy copioso con el americano... Fiambres, emparedados, pastas... ¡qué sé yo! ¡Y mucho jerez y mucha cerveza!...
JUAN. ¿Una taza de café siquiera?
DUQUE. Bueno, eso sí; el café de tu casa es especial...
JUAN. Concha, anda. *(Le da la servilleta.)* Ya no como más. Sírvenos aquí el café. ¡Y coñac!
CON. Sí, señor. *(Mutis al comedor.)*
DUQUE. ¿Sabes que tienes una doncella que es una tentación? ¡Toda cimbreante!...
JUAN. Sí, no está mal. Yo las busco así atendiendo a mi sentido decorativo, a mi culto por la forma...
DUQUE. Por las formas, debieras decir; ¡vaya una moza!
JUAN. ¡Ah, tunante, no cambiarás nunca! *(Van a sentarse en la mesa junto a la chimenea.)* Bueno, tú dirás por qué has venido tan tarde. Me escribiste que tenías que hablarme...
DUQUE. Sí, sí, verás... Es que...
JUAN. ¡Ay, ay, ay... no me digas más! Te miro los pies y lo adivino todo. ¿Llueve, verdad?
DUQUE. ¿Qué quieres decir?
JUAN. Que cuando llueve no llegas a tiempo a ninguna parte. Ves una falda recogida, unas pan-

torrillas más o menos, ¿eh?, y el imán; tras ellas hasta el fin del mundo.

DUQUE. ¡Je, je, je, no llueve, no, llovió! Pero ahora hace un viento... ¡Delicioso, delicioso! Un viento que se mete por entre estas falditas cortas de moda... ¡y hay que ver, Juan!...

JUAN. Sí, ¿eh?

DUQUE. ¡Unas tobilleritas de quince a cincuenta años, que quitan toda la cabeza!

JUAN. ¿No te da vergüenza, viejo verde?

DUQUE. Hombre, no tan viejo. Aún me queda el sentido de la vista... Por algo soy el Duque de Vistabella.

JUAN. Sí, por algo, por el título y por los lentes, que sin ellos no ves tres en un burro.

DUQUE. ¡Ay, Juan, si todos los sentidos estropeados pudieran remediarse con unos lentes..., yo sería un telescopio humano! ¡¡Mi palabra de honor!!

JUAN. Nada, nada, lo dicho: eres incorregible.

DUQUE. Como tú, viejo cínico...

JUAN. ¿Como yo?

DUQUE. Como tú, sí. Todavía en el Casino, y donde no es el Casino, te llaman el don Juan de las barbas de plata, conque...

JUAN. ¡Bah, bah!, a mí ya no me queda más que el compás, como a los músicos viejos.

DUQUE. Es que hay mujeres que le hacen a uno perder el compás; verbigracia, sobre todo gracia, tu doncellita. Pero hablemos de otra cosa. ¿Qué me cuentas, cómo están por acá?

JUAN. Bien, felizmente. Mi Isabelita a ratos un poco triste y rabiosilla... se le indigesta la madrastra; mi señora mujer, tan famosa y tan peliculera... En esta casa hay el culto al cine.

ESCENA III

Dichos y *Concha*, precedida de *Isabel*, que es una señorita de unos veintiséis años, modesta y sencilla. Trae en una bandeja dos tazas y una cafeterita. La doncella trae en otra bandeja el azucarero y una botella de coñac. Vienen las dos del comedor.

DUQUE. ¡Isabelita!
ISABEL. ¡Querido Duque! Béseme usted aquí, en esta mano... ¡tengo ocupadas las dos!
JUAN. ¡Qué chiquilla!
ISABEL. ¡Ajajá! *(Todos a la mesa.)* Aquí tienen ustedes el café, yo misma lo he preparado.
DUQUE. Así huele... ¡gloria en infusión ultramarina!
ISABEL. Café, Duque, café sin mezcla; no le ponga usted motes, que con ser café ya es lo mejor que puede ser. *(Sirviendo a su padre.)* Toma, para ti, esto es tónico. Coñac, sólo para usted. *(Al Duque.)* Llévate la botella. *(A Concha.)*
JUAN. ¡Ah!, ¿para mí no hay?
ISABEL. Claro está que no.
JUAN. *(Levantándose. A Concha.)* Vamos, mujer, trae, trae...
ISABEL. *(Interponiéndose.)* No, papá, que te hace daño.
DUQUE. Por una copita...
ISABEL. ¡Calle usted! Si el médico se lo tiene absolutamente prohibido... *(A Concha.)* Anda, llévatela.
JUAN. Bah, trae, trae... *(Coge la botella.)*
ISABEL. ¡Ay, papaíto!... ¡Esta tonta también! *(Por la criada.)*
JUAN. Ss, a obedecer; una nada más.
DUQUE. ¿Pero qué tienes?
JUAN. Dicen que el corazón, que la arterioesclerosis... pero por una copita no me he de morir.
ISABEL. *(Mientras su padre se sirve.)* ¡Ay, Señor! Después te va a dar el dolor al pecho... ¡Es un chiquillo voluntarioso! *(Quitándole la botella.)* Vaya. *(A Concha.)* Toma, llévatela ya. *(Mutis Concha.)*

JUAN. *(Bebiendo un sorbo.)* ¡Ah, magnífico! ¡Es un fine champagne color caoba!... ¡¡Míralo!! Tiene más años que tú y que yo...

DUQUE. Pero si te hace daño...

JUAN. Quita, hombre, quita. *(Bebe.)* Además, mi dolencia al corazón no me apura. ¿A qué enfermedad más bonita, más aristocrática podía yo aspirar?

ISABEL. ¡Qué cosas dices, papaíto!

JUAN. Es el coñac que me pone locuaz, ya ves. *(Al Duque.)* ¿Crees que haya otra enfermedad que le vaya mejor a un hombre tan cuidadoso de la forma como yo? Estoy malo del estómago, o me duelen los riñones, o tengo diabetes... ¡Qué mal suena todo esto! Y cuenta que no quiero hablar de otras enfermedades repugnantes. En cambio decir, "este corazón mío, que no quiere ser bueno", y decirlo así, con una voz lejana y sentimental... ¡Es de muy buen tono!

DUQUE. Sin embargo, es preciso cuidarse...

ISABEL. Eso le digo yo siempre...

JUAN. Y me cuido, ya lo creo. Precisamente, ése es otro atractivo. ¡Unas medicinas más simpáticas!

ISABEL. Papá...

JUAN. ¡Pantopón! Que es un nombre muy eufónico, no me lo negarás. ¡Pantopón, pantopón! Y gotas de yodo, que huelen tan bien, ¡a Océano, a aire marino, a trasatlántico de lujo! Y aspirar éter, que te volatiliza todo el ser, que te hace ingrávido, alado como una ilusióu. . ¡nada, nada, estoy encantado con mi enfermedad!

ISABEL. Todo eso es muy bonito, papá; pero mejor sería que no estuvieses enfermo.

JUAN. Pues a mi edad hay que estar enfermo de algo, ¡qué demonio! Es lo decente. Tengo setenta años.

DUQUE. ¿Setenta ya, Juan?

ISABEL. Diga usted que no, que acaba de cumplir sesenta y seis. Yo no sé qué manía es esa de aumentarse la edad.

JUAN. Por presumir, hijita, ¿es que no tengo derecho a presumir?

DUQUE. ¡Ah!, ¿pero presumes de viejo?

JUAN. ¡Naturalmente! Hay que presumir de lo que se es, de lo que se tiene. En una media edad, en el otoño de la vida, bien está quitarse años y presumir de joven; pero cuando se es viejo, viejo, hay que presumir de más viejo. Es una coquetería como cualquier otra. ¿Qué edad tiene usted?—me pregunta una dama contemplando mis barbas de plata...—¡Setenta años, señora! "Ay, pues nadie lo diría." Y así satisfago una vanidad: yo prefiero que por aumentarme años digan: qué anciano tan fuerte y tan animoso, a que por quitármelos murmuren: qué vejestorio tan cursi y tan ridículo.

DUQUE. ¡Ja, ja!, pues tienes razón, yo cumplo un siglo mañana...

ISABEL. Bueno, y usted, Duque de Vistabella, tan perdido de vista... ¿dónde se mete usted? ¡Ocho días sin venir... y ahora tan solito!... ¡Qué milagro! ¿Y su amigo el americano?

DUQUE. ¡Ah!, mi amigo el americano está siempre muy solicitado; hoy tiene una comida en la Gran Peña. ¿Parece que nos interesa el gauchito, eh, Isabel?

ISABEL. ¿A mí?

DUQUE. Sí, porque vamos...

JUAN. Déjala, hombre, no me la ruborices...

ISABEL. ¡Ruborizarme! Pero, ¿por qué? Enrique Arteaga es muy amable, las cinco o seis veces que ha venido a esta casa ha preferido charlar conmigo, como era natural, que soy la única soltera de la familia; pero de eso a...

DUQUE. Pues él está prendado de usted; así, clarito...

ISABEL. ¿Sí? Pues lo disimula muy bien.

ESCENA IV

Dichos, Elisa, Amparo y Roberto, por el comedor. Elisa es una mujer de veintiocho años, llamativa y desenvuelta. Amparo y Roberto, una damita y un galán, sin nada de particular.

ELISA. ¡Duque! Tanto bueno por esta casa.

DUQUE. Señora, Amparito; buenas noches, Roberto... *(Colocación: Amparito y el Duque, primer término derecha. Isabel y Roberto, al centro, segundo término, junto al piano. Elisa y don Juan en la mesa, a la izquierda. A Amparito.)* ¿Y buena ya del todo?

AMPAR. Sí, muchas gracias, fué un enfriamiento nada más.

DUQUE. ¿Y su mamá?

AMPAR. ¡La pobre siempre tan achacosa!

ELISA. *(A don Juan.)* ¿Pero tú has tomado coñac?

JUAN. Una copita solamente.

ISABEL. *(Volviéndose a Elisa.)* No hubo medio de evitarlo, yo le dije...

ELISA. Le dijiste y lo dejaste. ¡El no tiene juicio y tú no tienes cuidado!... ¡Qué barbaridad!

JUAN. Déjala, mujer, ella no tiene la culpa...

ISABEL. Si es en vano, aunque no la tenga me la echará; yo siempre tengo la culpa de todo.

ELISA. ¡Claro, y yo te las echo porque no te quiero!, ¿verdad?, ¡porque soy tu madrastra!

JUAN. *(Aparte a Elisa.)* ¡Mujer, por Dios, que no estamos solos y es una ordinariez!

DUQUE. *(A Amparo.)* Los ojos, los ojos sobre todo son los que me marean.

AMPAR. ¡Ay, por Dios, don Pablo, no sea usted zalamero!

ISABEL. *(A Roberto.)* Ya lo ha oído usted. Mi madrastra me odia cordialmente...

ROBER. No lo diga usted, Isabel, no lo piense siquiera; a usted no puede odiarla nadie, yo se lo juro a usted.

ISABEL. Eso es amabilidad solamente, Roberto...
ROBER. Y es que juzgo de los demás según mis propios sentimientos...
ELISA. Bueno, Duque, usted es de confianza; vendrá con nosotros al cine...
JUAN. ¿Pero van ustedes al cine con la noche que hace?
ISABEL. Si ya no llueve, papaíto...
ELISA. Además, a nosotras no nos importa la lluvia ni la humedad; eso a ti, que presumes de achacoso, a nosotras no. Vemos una sección y de paso dejamos a Amparito en su casa. Vamos así, de trapillo. Roberto nos acompañará, como todas las noches.
ROBER. Encantado. Hoy pasan una cinta preciosa, "Flor de estufa", por la Bertini.
ELISA. ¡Ay, la Bertini, tan elegante! Será de la Films de Turín, ¿verdad?
ROBER. Sí, señora.
AMPAR. ¡Por qué no viene usted con nosotros, don Juan?
JUAN. ¿Yo? ¡Dios me libre; he jurado no volver!
ISABEL. Papá odia el cine.
JUAN. ¡Con todo mi entendimiento, hija mía!
DUQUE. ¡Hombre! ¿y por qué? ¡Tú, el don Juan de las barbas de plata, debieras abogar por el cinematógrafo, que vive entre sombras y es propicio al amor!
JUAN. ¿Tú también? ¡Bah!, anatema sobre ese odioso parodiador del arte.
AMPAR. ¡Ay, no diga usted eso, don Juan, que hay películas muy bonitas! Si viera usted una que ponen en el Cine Dorée, "El muerto que defiende su honra".
ELISA. Y la fiesta neroniana del "Quo Vadis" y "El festín de Baltasar".
JUAN. Mamarrachos, dramones insoportables...
ROBER. Pero don Juan...
JUAN. Nada, nada, yo afirmo y sostengo que el cine es un espectáculo abominable, primo carnal del folletín y de las novelas policíacas y que en el

cine no pueden exhibirse sino el instinto, la acción, la mueca, sin explicación y sin matices; el movimiento impulsivo, brutal y animal, sin la palabra, que es lo humano, lo propio del hombre.

ELISA. Sí, del hombre hablador como tú, que cuando toma la palabra...

JUAN. Las palabras son vasos preciosos y exquisitos...

ROBER. Dijo San Agustín...

JUAN. Pues bien, en el banquete que a oscuras, sin la luz del sentido común nos dan en los cinematógrafos, arrojan por una ventana toda la cristalería; así vemos "Los novios", de Manzoni, sin la letra del gran novelista; el Canto V de la Divina Comedia, sin los versos del Dante, y pronto veremos, es decir, verán ustedes, si no lo remedia Dios, a Don Quijote de la Mancha y su ladino escudero, sin las palabras de Cervantes, y serán un hombre flaco y un hombre gordo, un caballo y un asno, sin el alma y la vida del poema inmortal.

DUQUE. ¡Bravo! ¡bravo!, este Juan...

ELISA. El discurso ha sido elocuentísimo, pero después de todo eso, nosotros nos vamos al cine. ¿Usted no viene, Duque?

DUQUE. Yo no es que sea peliculífobo, como éste; pero tengo que hablar con él y me quedo.

ISABEL. Vamos a ponernos los abrigos. *(A Elisa.)* ¿Te traigo el tuyo?

ELISA. Si eres tan amable...

ISABEL. Vamos, Amparito. *(Mutis Isabel y Amparo por la izquierda. Elisa y Roberto quedan a la derecha.)*

DUQUE. *(A Juan.)* Eres un orador formidable.

JUAN. Pues ya ves el caso que me hacen.

ROBER. *(A Elisa.)* Eres demasiado agresiva con tu marido; acabará por sospechar.

ELISA. Estoy más aburrida, si supieras... No congeniamos absolutamente, y en cuanto a Isabel,

ya lo has oído... ¡Se siente perseguida por mí!... ¡Esto no es vivir, Roberto!

ROBER. Paciencia, paciencia...

ELISA. Siempre me dices lo mismo...

ROBER. Cuando llegue la ocasión te diré otra cosa... Y ahora no hablemos más... Nos miran...

JUAN. *(Al Duque, por Roberto.)* Ese, ese hombre es el fomentador...

ROBER. ¿Decía usted, don Juan?

DUQUE. Que usted es el que fomenta la afición al cine...

ROBER. ¿Yo?

JUAN. Es usted el que trae noticias de las películas nuevas...

ELISA. Por ser galante con nosotras... ¿no es verdad, Roberto?

ISABEL. *(Que sale con Amparito y entrega su abrigo a Elisa.)* Aquí estamos. Toma.

ELISA. Pues en marcha, que no hay tiempo que perder. *(A Roberto, que le ayuda a ponerse el abrigo.)* ¡Muchas gracias!

ISABEL. Papaíto, que te acuestes, que no nos esperes...

JUAN. *(Besándola.)* Adiós, hijita...

ISABEL. Duque...

AMPAR. Don Juan, que siga el alivio.

JUAN. A la mamá, muchos recuerdos.

AMPAR. Gracias. Duque, adiós.

ELISA. *(Al Duque.)* Usted no quiere acompañarnos...

DUQUE. Señora...

ISABEL. Vamos, vamos, que es tarde.

ROBER. Hasta mañana o hasta luego, don Juan.

ELISA. *(Ya en la puerta.)* ¡Adiós, hombre! *(Todos mutis a la calle, menos don Juan y el Duque. Aquél corre a la puerta y dice.)*

JUAN. ¡Ah, y ya que no tiene remedio!, divertirse.

ESCENA V

Don Juan y el *Duque.*

JUAN. ¡Ya ves, querido Pablo: ésta es la paz que tengo en mi casa!

DUQUE. ¡Hombre, no sé a qué te refieres!

JUAN. ¿No has notado la agresividad un poco desdeñosa de Elisa? ¿No has visto que casi riñen mi mujer y mi hija delante de ti, delante de Roberto, olvidando todo miramiento y toda educación?

DUQUE. Eso no tiene importancia.

JUAN. Sí la tiene, porque esto es todos los días, Pablo. Mi mujer y mi hija... no diré yo que se odien... Isabelita es muy buena, a pesar de sus prontos; mi Elisa es también muy buena en el fondo, pero son dos mujeres jóvenes y hay siempre rivalidades, pequeñas envidias... ¡Ha sido el gran error de mi vida!, no debí volverme a casar, por mi Isabel, por mi hija; debí sacrificarme...

DUQUE. Ya, qué remedio, Juan, no reniegues ahora...

JUAN. No, si no reniego, si yo me paso la vida dando gracias a Dios por todo. Soy un optimista, Pablo, tú lo sabes. Ahora mismo, cuando en mi hogar se turba la paz un día sí y otro también; cuando mi fortuna va viniendo a menos a pasos agigantados; cuando este corazón mío parece que se ha hinchado, que no me cabe ya en el pecho, que quisiera ahogarme... Aún hoy, yo le doy gracias a Dios todos los días por la merced de la vida; y si me viera tan pobre y tan desventurado como Job, como Job me rascaría al sol la podre de mis llagas, bendiciendo al Supremo Hacedor porque aún me dejaba este consuelo, el de rascarme...

DUQUE. Vamos, vamos, Juan; no te pongas fúnebre.

JUAN. No, si no me pongo. Yo no soy capaz de decir que este mundo es pícaro, que la humanidad es perversa y que la vida es ingrata, no; la vida es buena, dulce, seria, Pablo, y no tiene la culpa de mis errores; pero yo me equivoqué y quiero lamentarlo con un amigo; esto es todo. Fui un don Juan, es cierto...

DUQUE. Un don Juan sentimental, que estaba enamorado del amor...

JUAN. ¡Qué quieres! Después de tantos años viudo,

aún sentí la necesidad de la mujer, que no fuese la conquista fácil, sino la compañera que me diese renovada la perdida felicidad del matrimonio. Mi hija Isabel sola, en un hogar donde faltaba la madre... ¡Me casé! Y ya ves: Isabel y Elisa no pueden llevarse bien... hay esas pequeñas emulaciones, esos celos tan naturales... son casi de la misma edad. Isabel no la respeta; mi mujer no la quiere, y, lo que es peor: tampoco a mí me quiere.

DUQUE. No digas eso, hombre...

JUAN. No, no me quiere de amor, no me quiere con pasión... ¡Nada, nada! A mí todos vosotros seguís llamándome el don Juan de las barbas de plata, el optimista... y mi optimismo os engañó y me engañó a mí también: con las barbas de plata, Pablo, créeme a mí, ¡ya no se puede ser don Juan!

DUQUE. Basta, basta...

JUAN. No, no...

DUQUE. ¡Basta, caray! Tú no te pones triste, porque eres el optimista y te dispones a alegrarte ahora mismo, porque yo te traigo la gran solución...

JUAN. ¿Tú?

DUQUE. Yo, sí; es decir, yo, no; don Enrique de Arteaga y Lemos, argentino, nieto ilustre de la ilustrísima señora marquesa de Las Aguilas Blancas.

JUAN. No te entiendo, Pablo.

DUQUE. Pues me vas a entender, que a eso he venido. Son las diez y veinticinco, óyeme, que nos queda muy poco tiempo. El americano viene ahora, a las diez y media, me lo ha dicho y es puntual como un inglés. Conque atención, y a escuchar.

JUAN. ¡Caracoles! *(Saca un habano de una caja que habrá encima de la mesa.)* Pues toma un puro para que te inspires, y va por delante, que creo que se trata de una broma de las tuyas, pero te la voy a seguir. Empieza, que soy todo oídos.

DUQUE. Toso, chupo y empiezo. ¡Ejem, ejem! El señor don Enrique de Arteaga y Lemos, natural de Buenos Aires, hombre joven, elegante y simpático... ¡No me lo negarás!

JUAN. Yo no niego nada...

DUQUE. Bueno, pero calla. El señor Arteaga, a quien tuve el honor de presentar en tu casa, es un hombre galante y aburrido que despilfarró su fortuna en Londres, en Berlín; Viena, París, Biarritz, Montecarlo, Florencia...

JUAN. ¡Eh, para ya! ¿No dices que tienes prisa? Pues acaba este viaje interminable...

DUQUE. Tienes razón. Paro y digo: que no es que Enrique esté pobre, que por cuarenta mil duros no le ahorcan; pero como esto es una bicoca para quien como él está acostumbrado a lavar a sus caballos de carrera con cubos de champaña, como su ilustre abuela, madrileña neta, la marquesa de las Aguilas Blancas, que vive y apalea millones en Buenos Aires, le ha ofrecido dotarle en una enormidad si se casa con una española, pues Enrique ha decidido casarse en España y... ¡agárrate bien!... ha pensado en tu Isabel. ¡Qué!... ¿No me das un abrazo?

JUAN. Hombre, Pablo; ni eso es tan fácil, así de golpe y porrazo, ni le hemos consultado a la chica, que ya sabes que es voluntariosa; ni veo en ello la solución...

DUQUE. ¿Que no la ves? Isabelita se casa con un partido envidiable, y al casarse, claro, se va de esta casa, con lo cual se acaban las desavenencias entre tu hija y tu mujer, ¡madrastra al fin! Y como os quedáis solitos y lo que tú crees desamor en tu Elisa no es más que acritud de carácter provocada por la presencia de tu hija...

JUAN. Pero, hombre, ven acá; esto es inaudito, esto no puede ser; comprende que... *(Suena un timbre.)*

DUQUE. Ss, silencio. Uno *(Suena otro timbre.)*, dos... ¡él es! ¡Ya no hay tiempo para reflexionar!

JUAN. Pero, Pablo, ten en cuenta...
DUQUE. El hombre viene dispuesto a todo, conque a aprovecharlo. A Isabelita ya la convenceremos. Además, que ya han empezado a coquetear y no le disgusta y... *(Viendo aparecer a Enrique en la puerta.)* ¡Ahí está!

ESCENA VI

Dichos y *Enrique Arteaga.* Es hombre de unos treinta años; acento argentino, sin c, ni z. Movimientos lánguidos, muy elegante. Viste smoking.

ENRIQ. ¿Hay permiso?
JUAN. Señor don Enrique...
ENRIQ. Caballero don Juan... ¿Cómo te va, che, Pablo?
JUAN. Siéntese, siéntese...
DUQUE. Aquí junto al fuego, que tú eres muy friolero, como buen americano...
ENRIQ. Gracias. *(Sentándose.)* Dispénsenme, no, si he venido tan tarde.
JUAN. Viene usted a su casa...
ENRIQ. ¿Y la señora, cómo está? ¿Y la señorita Isabel?
JUAN. Bien, gracias. Se fueron a un cine; tienen la manía de las películas. El buen Charlot me ha trastornado a toda la familia.
ENRIQ. ¡Qué me dice, che! Yo siento tanto no verlas; pero para qué lo voy a engañar, también me alegro, porque como tenía que hablarle...
DUQUE. ¡Ustedes tendrán que hablar, que decimos los madrileños y yo!...
JUAN. ¿Pero dónde vas?
ENRIQ. No te vayás, che...
DUQUE. No, no, tengo que hacer, y, además, en estas cosas cuanto más solos, más francos y mejor... ¡Que te alivies, Juan!...
JUAN. Anda con Dios...
ENRIQ. *(Aparte al Duque, acompañándole.)* Pero mirá, vení...

DUQUE. No, no, me voy. Yo le he hablado ya, conque valor... ¡Ya he preparado el terreno!...

ENRIQ. Gracias, che. *Me* has hecho la gran gauchada...

DUQUE. Tú te lo mereces todo. Te espero en el Casino. Hasta mañana, Juan.

JUAN. Adiós, Pablo.

ESCENA VII

Enrique y *Don Juan.* (Hay una pausa embarazosa.)

JUAN. ¡Bueno, bueno, bueno! ¡¡Caramba con don Enrique!!

ENRIQ. ¡Aquí andamos, mi don Juan, arrastrando esta vida perra!

JUAN. No diga usted eso, la vida es buena. ¿Hay don más precioso que la vida?

ENRIQ. ¿Usted cree? Yo me aburro. La última ciudad en que estuve antes de recalar en sus Madriles, después de divertirme en París, fué Londres... ¡y qué quiere que le diga! el "spleen" de la brumosa "city", se me ha metido en el alma y no se me quita aquí en Madrid. ¡Aquí no hay vida! Todo huele a aceite, a churros, ¿no le parece? La gente no sabe caminar. Hay que ver esa calle de la Montera a la tardecita... ¡No es posible ir por la vereda! ¡¡Qué cosa bárbara!! ¿No le parece?

JUAN. La verdad... ¡no me parece! Madrileño soy, ¡y adoro a mi Madrid!

ENRIQ. Dispensemé, don Juan, y no se enoje, no se me ponga bravo. Mis abuelos también eran madrileños. *(Saca la petaca.)* ¿Usted me permite que fume?

JUAN. ¡Sí, señor, no faltaba más!

ENRIQ. Gracias, ¿usted quiere?

JUAN. No, ahora, no...

ENRIQ. Le prevengo que son muy lindos... ¡Egipcios legítimos! Del mismo Cairo y con su boquilla

de seda, ¡no vaya a creerse! Me los envía nuestro embajador. ¡Fume, no más!

JUAN. Gracias, a mí ese tabaco me sabe a paja.

ENRIQ. ¡Hay gustos, che! *(Enciende el pitillo. Pausa.)* Bueno, don Juan, a qué andar con rodeos, ¿no le parece? Ya sé que Pablo le ha dicho...

JUAN. Sí, me ha dicho en efecto; pero...

ENRIQ. Y atiendamé, no me diga que me rechaza, usted no puede rechazarme.

JUAN. Yo no, pero...

ENRIQ. Y esperesé, oigamé, yo le garanto que lo voy a convencer... Pero, ante todo: la señorita Isabel es huérfana de madre, y yo necesito saber quién fué su señora madre, cómo era; yo comprendo que no se trata de una hija natural...

JUAN. *(Da un ligero puñetazo sobre la mesa y se pone de pie, grave y digno.)* Señor don Enrique de Arteaga y Lemos, ilustre nieto de los nobles marqueses de las Aguilas Blancas: yo le guardo a usted todos los respetos que se merece; pero exijo para mí y para los míos idéntico respeto.

ENRIQ. Vea, no se enoje, señor don Juansito, no se enoje, oigamé primero: usted ha sido un hombre de "sport", un hombre elegante...

JUAN. Yo no puedo comprender, ni tolerar...

ENRIQ. Oigamé, sientesé, si no hay ofensa, sientesé, no más. Vea: cuando yo compro un caballo de carrera, lo primerito es averiguar su sangre y cómo corrieron sus padres... *(Movimiento del viejo.)* Esperesé... Y cuando compro un perro de caza me interesa el pedigrée del animalito, y cuando me voy a hacer un vestido me interesa que el género sea de Londres y no de Tarrasa, ¿y no quiere que me fije cuando voy a tomar una mujer para toda la vida?

JUAN. ¡Señor Arteaga, yo no sé en su país qué costumbres habrá; en el mío...!

ENRIQ. Y las mismas, don Juan, las mismas; todo fué una macana por hacerle gracia. Yo sé que su difunta fué muy noble y muy virtuosa; que us-

ted es hidalgo de apellido y de hechos, ¡y qué quiere que le diga!, su Isabelita me gusta, che, me gusta, y yo me quiero casar con ella. Conque no se enoje y...

JUAN. Es usted un hombre muy original, empecemos por reconocerlo; pero ¿usted ha hablado ya con mi Isabel?

ENRIQ. Hablado, hablado, ps... miradas, sonrisas... no más... Yo no la he festejado...

JUAN. ¿Cómo dice usted?

ENRIQ. Que no la he festejado, que yo no tengo carácter para enamorar como un cadete. Yo necesito saber primero que usted está conforme y... *(Transición. Saca su cartera y de ella una carta.)* Vea: ésta es una carta de mi abuela; yo estoy completamente huérfano, ¿no? Mi abuela es madrileña, la Marquesa de las Aguilas Blancas. ¿Usted conoce el título?

JUAN. ¡Naturalmente!

ENRIQ. ¡Qué esperanza! ¿Cómo no lo iba a conocer? Mi abuela se fué a Buenos Aires ya casada; pero su único hijo, mi padre, nació allá; y se casó con una porteña del mismo Buenos Aires, y entonces nací yo. Bueno, entonces, yo me vine a Europa por ver mundo y porque mi padre, que de Dios goce, era un enamorado de París y me dijo: "il faut que ta jeunesse s'amuse", que tu juventud se divierta, ¿no? Dígame: ¿lo estoy aburriendo?

JUAN. Todo lo contrario, siga usted...

ENRIQ. Bueno, pues, resumiendo; yo corrí el caballo, como se dice; pasé mis buenas farras en Europa, y ya debo sentar la cabeza. Entonces mi abuela, que es muy gallega...

JUAN. Pero... ¿no me dijo usted antes que era madrileña?

ENRIQ. ¡Y cómo le va!

JUAN. *(Muy asobrado.)* Me va muy bien, gracias; pero no comprendo...

ENRIQ. Si es que como le va... es una expresión en crio-

llo de allá, que quiere decir "bueno", "naturalmente", "cómo no",... que sí... ¿me entiende?

JUAN. ¡Sí, señor, es decir!... ¡¡Cómo le va!!

ENRIQ. ¡Ah, gaucho viejo, así me gusta! Me parece que nos vamos a entender, no más. Mi abuela es madrileña, cómo no; pero en la Argentina a todos los españoles les decimos gallegos.

JUAN. ¿Es un capricho?

ENRIQ. Es una costumbre.

JUAN. Bueno.

ENRIQ. Como le iba diciendo; mi abuela, que tiene mucha plata y es muy amante de su España, me ofrece dotarme si yo me caso con una española... ¡Ya ve usted que soy franco!... Mire, aquí en esta carta me lo escribe... Es medio literata la veijita. Aquí me pone que renueve el viejo tronco, que retoñe la raza, qué se yo qué punta de macanas; pero muy lindas, che. ¡Oigamé, le voy a leer!

JUAN. ¡Señor Arteaga, franqueza por franqueza! Hace media hora que le estoy a usted oyendo hablar con un ritmo de danzón y unas eses que marean y diciendo qué esperanza, qué macana, cómo le va, y entonces, venga o no a cuento...

ENRIQ. Y entonces, che...

JUAN. Entonces, che, la carta de su abuela no se la oigo leer con ese acento, ni por las tres carabelas de Colón, ni por el mismo Preste Juan de las Indias, ni por todos los tesoros de todos los Incas, de todas las Américas... ¡Eso sí que no!

ENRIQ. Y léala usted, pues, don Juan; no me haga ese desaire...

JUAN. Eso es otra cosa; la leeré con mucho gusto... *(Coge la carta, que tiene como veinte o veinticinco pliegos.)* ¡Caramba, pero esto es un libro!

ENRIQ. ¡Qué quiere!; es literata la vieja..., pero no se asuste, no hay que leerla toda...

JUAN. En fin... "Queridísimo nieto...

ENRIQ. Pase, no más... A la otra, a la otra, a la otra... Esperesé... Ahí, no más...

JUAN. "Si quieres llenar de ventura mis años postreros...
ENRIQ. ¡Mis años postreros! ¡¡Macanudo, che!! *(Don Juan le mira con aire de reproche.)* Ya me callo, siga, ya me callo...
JUAN. Bueno: "Si quieres llenar de ventura mis años postreros, cásate con una españolita y haz que retoñe por ti una flor nueva en el viejo tronco de tu noble raza. Mejor si fuera una madrileña como yo...
ENRIQ. ¿No ve?...
JUAN. "... Como todos mis ascendientes, una marquesa castiza, maja y goyesca, la dulce compañerita que escogieras; pero si no puede ser de Madrid, no importa, con tal de que sea de España... *(Pausa.)*
ENRIQ. Siga, no más, viejo. Ahora desfilan todas las mujeres españolas, siga, no más... ¡Está lindo, siga!...
JUAN. "Una castellana de roble, sobria y austera, celosa de su honor; una levantina tostada por el sol meridional, llena de los aromas de nuestro Mediterráneo latino y armonioso...
ENRIQ. ¿No ve? Ya van saliendo...
JUAN. "Una aragonesa franca, bravía, vibrante y alegre como la jota popular; una galleguita o una asturiana que te fale con los mimosos acentos de nuestra gaita montañesa; una andaluza...
ENRIQ. ¡Ahora!...
JUAN. "Una andaluza toda perfumada de azahares y limoneros, de canela y de clavo, de nardos y de sal marina, melancólica como una árabe y dulce como una copla; una catalaneta fina que hable como un halago la lengua de Raimundo Lull y de Mosén Cinto Verdaguer, o una bilbaína, o una navarra, de donde fuere; pero española, de mi noble tierra, que tú, desgraciadamente, aún no sabes sentir.
ENRIQ. ¡Ahí está, literataza mi abuela, no más!
JUAN. "Cásate, nieto mío, y cuando me traigas a la

que lleva tu nombre y con ella un retoño de nuestra raza, yo he de pagarte a peso de oro el regalo, porque me traerás un pedazo de España con sangre mía, un pedazo de mi España, la noble, la gloriosa, la hidalga, que desde hace cincuenta años no calienta mi carne española con el beso dorado e incomparable de un sol." *(El viejo acaba muy conmovido la lectura.)*

ENRIQ. ¡Eh! ¿Qué le parece, che?

JUAN. *(Lo abraza.)* ¡Usted no se lo merece!, pero yo abrazo en usted a la ilustre marquesa de las Aguilas Blancas, tan noble y tan española.

ENRIQ. ¡Muy bien! *(Guardándose la carta.)* Entonces, viejo; por usted, ya está...

JUAN. Por mí, sí; pero...

ENRIQ. Ya sé lo que me va a decir, que le hable a ella... ¡Usted me hará el favor de hablarle!...

JUAN. ¡¡Yo!! Yo, no...

ENRIQ. ¡De sondear, cómo no! Hablelé y yo después aprieto el lazo... ¡Mire que se trata de nuestra felicidad!

JUAN. Sí, comprendo, pero... *(Suena un timbre.)* ¿Eh? ¿Serán ellas?

ENRIQ. ¿Quién?

JUAN. Mi mujer y mi hija... ¡Me extraña que vuelvan tan pronto!... ¡No se alarme, hombre! ¡Yo ayudaré a la marquesa de las Aguilas Blancas! ¡Lo prometo! A ver si los hijos de usted se puedan llamar Hidalgo, aunque sea de segundo apellido...

ENRIQ. Bueno, yo me voy...

JUAN. Quieto... Salúdela siquiera...

ESCENA VIII

Dichos, Isabel, Elisa y *Roberto,* de la calle, seguidos de *Concha,* que recibirá los abrigos de las señoras y hará mutis.

ELISA. Ya estamos de vuelta... *(A Enrique.)* ¡Señor mío!

ENRIQ. Señora...

ISABEL. Dichosos los ojos...

ROBER. Señor Arteaga...

ENRIQ. Muy buenas noches, múy buenas noches...

ISABEL. ¡Pero qué sorpresa tan agradable! ¡No le esperábamos!

ENRIQ. Tuve la desgracia de venir un poco tarde y ya me quedé a hacerle compañía a don Juan...

JUAN. El señor Arteaga ha sido tan amable...

ENRIQ. Pero me iba a ir ya, tengo un "rendez-vous" a las once...

ELISA. No, no, siéntese...

ENRIQ. Bueno, un ratito... Ya sé que fueron al cine. ¿Y se divirtieron mucho?

ISABEL. Calle usted, hemos andado más...

ELISA. No hemos podido encontrar localidad en cuatro cines.

ROBER. Todos llenos...

ENRIQ. ¡Qué cosa bárbara!...

ROBER. ¿Qué le parece a usted, don Juan? Se conoce que el público no le ha oído a usted.

JUAN. Pues me parece eso que dice el señor Arteaga, una cosa bárbara efectivamente.

ISABEL. *(A Enrique.)* ¿A usted tampoco le gusta el cine?

ENRIQ. Según, a mí me gusta todo y no me gusta nada.

ROBER. ¿Eso es un acertijo?

ENRIQ. No, señor, vea; me gusta todo cuando estoy acompañado, ¿no? Por ejemplo, yendo con ustedes; pero cuando estoy solito, me aburro no más... Todo es conforme y según...

ISABEL. Sin embargo, yo le he visto a usted muchas tardes en la Castellana, en coche y solo.

ENRIQ. Eso es por recordar; entonces sí conviene estar solo... En los momentos de emoción, solo o con una mujer a quien se quiera con toda el alma. *(Transición.)* La Castellana me gusta mucho. A mí los grandes paseos con árboles me hacen pensar en Palermo de Buenos Aires.

ROBER. ¿Piensa usted volver pronto?

ENRIQ. ¡Y quién sabe!

ELISA. ¿Cómo, no sabe cuánto tiempo se queda aún en Europa?

ENRIQ. Y nosotros, la muchachada bien de Buenos Aires, nunca pensamos en el tiempo. Venimos a Europa y aquí estamos farreando hasta que se nos acabe la plata; es ése el tiempo. Ahora, que yo creo que si se arregla una cosa que me interesa y unos lindos ojos no se cierran para mí y una fresca boca de guinda no me dice que no, me voy a quedar para siempre en España, dulcemente preso... ¡Y cómo le va!

JUAN. ¡Hola, hola! ¿Y quién es ella?

ENRIQ. Usted lo sabe, don Juan; yo no lo puedo decir... Y ahora sí, con el permiso de ustedes me ausento.

ISABEL. ¿Tan pronto?

ENRIQ. Bien quisiera quedarme; pero tengo citado al Duque en el Casino. Yo lo siento... *(A Elisa.)* Señora, encantado de haberla visto... Don Juan, no me olvide, ¿no?

JUAN. Vaya usted tranquilo.

ENRIQ. *(A Roberto.)* Caballero...

ROBER. Buenas noches.

ENRIQ. Isabelita, beso sus lindos pies. De usted me despido la última, porque el postre es siempre lo último...

JUAN. ¡No hay que perderse!...

ISABEL. Ya lo oye usted.

ENRIQ. *(A don Juan.)* Gracias. *(A Isabel.)* Ya le dije, ¿no? Si se arregla una cosa que me interesa y si unos lindos ojos no se cierran para mí y una linda boca no me dice que no... nos vamos a ver mucho, se lo garantizo, Isabel; buenas no-

ches. *(A todos.)* ¡Buenas noches a todos! *(Mutis a la calle.)*

ELISA. *(A Juan.)* Acompáñale, hombre... ¡qué dirá! *(Juan sale tras él.)*

ROBER. ¡Hay que ver, eh!

ISABEL. ¿El qué, señorito?

ROBER. ¡El americano! ¡Cómo ha insistido en los ojos negros y en la boca de guinda!

ELISA. Eso es por ti, Isabel.

ISABEL. ¿Ah, tú también?

ELISA. Naturalmente, ni que fuera tonta. Te felicito.

ISABEL. ¡Vaya!

ROBER. Es un hombre extraño, pesado y simpático a la vez...

JUAN. *(Entrando.)* A mí me es extraordinariamente simpático. ¡Más campechano y más franco!... Declaro que me ha conquistado.

ROBER. Puede ser, a mí me pesa un poquito; por eso no me marché con él. Ahora me puedo ir.

ISABEL. ¿Cómo, sin tomar el chocolate?

ELISA. Lo van a traer en seguida...

ROBER. En seguida, si es muy temprano, señora...

ISABEL. Pues por lo mismo, quédese...

ROBER. Tengo que hacer, Isabelita...

ELISA. Por lo menos no se irá usted sin firmarnos algo en los álbumes a Isabel y a mí...

ISABEL. Es verdad, todos los días nos está usted prometiendo...

JUAN. No se puede ser poeta, amigo mío.

ELISA. ¿Quiere usted llevárselos?

ROBER. No, escribiré aquí mismo.

ISABEL. Voy por ellos...

ELISA. No, deja; escribirá mejor en mi despachito... ¿Quiere usted venir? Vamos, sea usted galante...

ROBER. No puedo negarme... ¡Con permiso de usted, don Juan!...

JUAN. Usted lo tiene...

ELISA. Por aquí, yo le guío... *(Mutis lateral izquierda Elisa. Síguela Roberto; cuando Isabel va*

a hacer mutis, don Juan la detiene. Don Juan estará en el sofá de la derecha.)

ESCENA IX

Isabel y *Don Juan,* luego *Elisa.*

JUAN. Oye, hija.
ISABEL. Papá.
JUAN. Quedate... Mientras el poeta escribe, escúchame un momento.
ISABEL. ¿Ahora mismo, papá?
JUAN. Sí, cuanto antes, mejor...
ISABEL. ¡Me intrigas, papaíto!...
ELISA. *(Que vuelve, dice desde la puerta.)* Isabel, ¿no vienes?
ISABEL. Es que...
JUAN. Déjala un momento, en seguida va.
ELISA. Ah, bueno, bueno. *(Mutis.)*
JUAN. Ven acá, ven acá y no te asustes, que no es ninguna cosa mala. Vamos a ver. ¿Es verdad lo de tus coqueteos con el americano? Las bromas de Pablo, ¿son verdad?
ISABEL. Absolutamente, no, papá.
JUAN. Pues él está por tí. Sí, sí; no me lo niegues; lo de los labios de guinda, lo de los ojos, por ti era...
ISABEL. Papaíto, yo te juro...
JUAN. No jures nada, él me lo ha dicho.
ISABEL. ¿Que él te ha dicho? ¿Te ha dicho que yo le hago cara, que yo lo he alentado, que hay algo entre nosotros? ¿Te ha dicho eso?
JUAN. No, no me ha dicho tal cosa. ¡Cómo te pones! ¡Qué barbaridad! No se aviene bien, Isabelita, tu talento reflexivo, serio, con estas violencias repentinas...
ISABEL. No son violencias, papá, es extrañeza. Enrique Arteaga me ha galanteado alguna vez; pero nada más. Nunca me habló en serio.
JUAN. Pues a mí, sí; a mí acaba de hablarme. Enri-

que ha prometido a su abuela, que está en Buenos Aires, casarse con una española. La marquesa le regalará una enorme suma y le nombrará su heredero universal, y la escogida por Enrique... eres tú. Me parece que con menos palabras...

ISABEL. ¡Ah, ya entiendo! Se trata de una emboscada, ¿no es eso? Tú y mi madrastra, claro, os habéis puesto de acuerdo, y sin contar conmigo...

JUAN. Calla, calla, no disparates. ¡Qué imaginación, eres un torbellino! No hay nada de eso. Enrique me ha manifestado sus intenciones; yo he visto que es un buen partido, un excelente partido, y como mi deber es pensar en tu felicidad...

ISABEL. ¡En mi felicidad!...

JUAN. En tu felicidad, sí, ¿por qué ese tono de reproche?...

ISABEL. Porque me duele que tú hayas pensado ni por un momento en que yo me casaría con un hombre a quien no quiero en espera de unos millones, y que hayas creído que eso pudiera ser mi felicidad.

JUAN. ¿Pero sé yo, si tú no me lo dices, si le quieres o no? ¿Pero me he comprometido yo a algo, hija mía? Te consulto, nada más...

ISABEL. Y yo te contesto... y no hablemos más de ello, te lo ruego... *(Medio mutis.)*

JUAN. Pero oye, ¿es que no podemos ni hablar un momento juntos, es que...?

ISABEL. No, papá, no; eso es un matrimonio de conveniencia, no el que yo quiero hacer; no es tampoco así en ese tono frío, como se me puede hablar a mí de algo que yo no concibo sin amor. Me vienes a proponer un contrato matrimonial, ¿no es eso? ¡Un contrato! ¡Qué mal me suena esta palabra!...

JUAN. Pero hija mía...

ISABEL. Pero papaíto, digo yo: ¿tanto te han alejado de tu hija, que ya no te acuerdas de su corazón? ¿No ves que he perdido la alegría por-

que el recuerdo de mi madre lo enturbia una madrastra? ¿No ves que voy languideciendo poco a poco porque tu amor, lo único que me quedaba, me lo roba otra mujer que ha borrado también tu dolor de viudo? ¿No lo ves?

JUAN. Hija mía, Isabel, no me aflijas con tus reproches. Yo creí que al traerte a casa otra madrecita...

ISABEL. ¡Ay, papá, otra madrecita! La madre y el padre no se sustituyen así como así, en el corazón de los hijos. No, no; y no son celos ridículos, no; mientras fuiste viudo, yo sabía tus correrías de viejo don Juan, sí, papá, las sabía; tus conquistas, tus aventuras galantes, y no me apenaba; esas damas que tú cortejabas a mí nada podían quitarme; ahora, ahora has traído a casa una extraña, y para consolarme, me ofreces una boda con muchos millones. ¡Oh, no! Por un amor, sí, por un amor que fuera un abandono total, un olvido de todo, una obsesión, por eso, sí, estoy dispuesta a casarme; ¡pero así, de repente, con esta frialdad y por dinero!...

JUAN. Mira, Isabel, escúchame y no me entristezcas. Yo no desconozco tu corazón. Tú eres apasionada, ya lo sé, y estás enamorada... del amor, y yo sólo le buscaba un objeto a tu amor. Eso es todo. Yo también he sido un pasional y sé lo que es enamorarse del amor. El amor es... cómo lo diría yo... el amor es, como un vino divino y el hombre o la mujer son como el vaso que ha de contener el licor. Cambia el objeto amado, es decir, cambia el recipiente, pero es el mismo contenido, y si es el mismo, si es el amor... ¿qué más da vaso o copa, éste o aquél?... ¡Todo consiste en tener donde apagar la sed! ¿Me entiendes?

ISABEL. Quisiera no entenderte.

JUAN. He creído, creo, que Enrique Arteaga es un muchacho bueno, elegante, digno, que tendrá una fortuna. Sé que no queriéndolo hoy, pue-

des quererlo mañana, que a las mujeres como tú, el amor con el trato les nace... No me digas que no, reflexiona, piensa, contesta luego...

ISABEL. ¿Y si estuviera ya enamorada de otro?

JUAN. ¿De otro tú? ¡Bah!, sí, sí, ya te lo he dicho, enamorada del amor... no de persona conocida... porque no creo que Roberto, ese poeta chirle...

ISABEL. Papaíto...

JUAN. Calla, calla, ahora ya no podemos hablar, dejémoslo. Yo me voy a mi despacho. No me contestes sin pensarlo... *(Medio mutis.)*

ISABEL. Como tú quieras, papaíto...

JUAN. *(Volviendo en tono de afectuoso reproche.)* No, como yo quiera, no; como tú sientas, como debe ser. Piénsalo, piénsalo. Ya tienes veintiséis años, no eres una chiquilla... Piénsalo, Isabelita, piénsalo. *(La acaricia y hace mutis por la puerta ochavada.)*

ESCENA X

Isabel permanece quieta en el centro de la escena, como abismada en sus pensamientos. *Concha* sale del comedor con un frasco y una cuchara. Isabel tiene un ligero sobresalto.

ISABEL. ¿Qué pasa, Concha?

CON. Nada, señorita... el remedio del señor. Como usted no venía por él...

ISABEL. Es verdad, ya es la hora; trae, trae, yo se lo daré...

CON. Tome, señorita. *(Mutis al comedor. Isabel hace mutis por donde se fué su padre.)*

ESCENA XI

Elisa y *Roberto,* por la izquierda.

ELISA. Isabel... Se ha marchado, ¿lo ves? Juraría que está con su padre, quejándose de mí. Por eso no ha venido con nosotros.

ROBER. Vamos, no pienses mal...

ELISA. No la defiendas, mi vida, si la conozco un poquito mejor que tú...

ROBER. Si no la defiendo, es que...

ELISA. ¿Sabes una cosa? Me parece que empieza a interesarte Isabel más de lo conveniente...

ROBER. Elisa...

ELISA. Sí, sí, ¿crees que no he notado la cara de disgusto que pusiste ante las insinuaciones del americano?

ROBER. Pero, Elisa, ven acá...

ELISA. No, no, déjame, déjame... Extremas tus atenciones con ella y algo que es más que atenciones, bastante más...

ROBER. ¿Pero no era cosa convenida, no me dijiste tú misma que la cortejara para justificar la frecuencia de mis visitas?...

ELISA. Sí, pero...

ROBER. ¿No sigo en todo tus indicaciones con la sumisión de un buen enamorado?

ELISA. Sí, pero yo no me fío ni poco ni mucho, y ya sabes que estoy sobre aviso...

ROBER. Bueno, bueno, tienes ganas de broma... Después de todo tus celos son un halago para mí. Te los agradezco con toda mi alma y con toda mi vanidad. *(Le coge una mano.)* ¿Hasta mañana?

ELISA. ¿Pero te vas sin despedirte? (*)

ROBER. Eso te convencerá de que Isabel *(Esta habrá aparecido a la señal marcada así* (*) no me interesa absolutamente nada; dices que tenía prisa, que esperé, que me dispensen... Yo no tengo interés en despedirme más que de ti... Hasta mañana. *(Le besa la mano.)*

ESCENA XII

Dichos e *Isabel,* que al final de la escena anterior se habrá detenido en la puerta de arco, y deja caer el frasco y la cuchara. Al ruido, los otros se vuelven y la ven.

ELISA. *(Sin voz casi.)* ¡Jesús!

ROBER. *(Vacilante.)* Señorita...

ISABEL. *(Inmóvil, con ira reconcentrada.)* ¡Canallas, canallas!

ROBER. *(Reponiéndose algo.)* Isabel...

ISABEL. *(Indignada.)* ¡Señorita, como dijo usted antes, señorita; mi nombre se mancha en boca de usted!

ELISA. Isabel, yo te ruego...

ISABEL. ¡Atrás, atrás, no te acerques, eres un reptil, una cosa ponzoñosa, viscosa, que se arrastra, que da frío!...

ROBER. *(Repuesto.)* ¡Oh, no, yo le explicaré a usted!...

ISABEL. ¡Usted se va de aquí ahora mismo! *(Avanza hacia él.)*

ROBER. Yo...

ISABEL. ¡Fuera, fuera, digo! Yo le echo a usted; yo misma, váyase, que no respondo de mí, que llamo, que nos perdemos todos...

ELISA. ¡Vete, vete, por Dios!...

ROBER. Sí, me voy, pero...

ELISA. Vete, vete, Roberto... *(Le obliga a marcharse. Roberto hace mutis a la calle.)*

ISABEL. ¡Canalla!

ELISA Isabel, por compasión...

ISABEL. *(Bajo.)* ¿La tuviste tú de mí, de ese pobre viejo?...

ELISA. ¡Isabel, por Dios!...

ISABEL. Basta, basta, tú también fuera, lejos de aquí, lejos, y no creas que tengo pena por mí, no es por mí... si me alegro, si ahora veo claro lo que sentía sin comprender... ¡si me das asco!...

ELISA. ¡Ss, calla, por la Virgen!...

ISABEL. Sí, sí, no te apures, callo, callaré siempre, por mi pobre padre, por mi pobre viejo a quien mataría el descubrimiento de esta traición; pero vete, vete, lejos, donde no te vea, donde no oiga tu voz, donde tu aliento no envenene el aire... *(La empuja con una mano, sin mirarla, con repugnancia.)* ¡Vete! ¡Vete, fuera, déjame sola! *(Elisa hace mutis llorando por la izquierda.)* ¡Sola, así, sola con este dolor que es mío, todo mío!... *(Rompe a llorar.)* ¡Qué mise-

robles, qué infamia, qué infamia! *(Cae junto al sofá, sofocada por el llanto. Van amenguando sus sollozos. De pronto seca sus lágrimas, se pasa la mano por la frente y exclama resuelta.)* ¡Sí, sí, cuanto antes, Dios mio, lejos para siempre!

ESCENA XIII

Isabel y *Don Juan*, por donde se fueron antes.

JUAN. Hijita, ¿cómo aquí tan sola?
ISABEL. Papaíto...
JUAN. ¿Y Elisa y Roberto?
ISABEL. Roberto se marchó hace tiempo. Yo me quedé aquí, pensando en lo que tú me has dicho...
JUAN. No es puñalada de pícaro, hija...
ISABEL. No; pero lo he pensado bien y me caso con Enrique Arteaga, cuando tú quieras, cuando él quiera.
JUAN. ¿Sí? ¡Gracias a Dios! Pero..., ¿es de veras?
ISABEL. Sí, papá. *(Rompe a llorar convulsivamente.)*
JUAN. ¡Isabel! ¡Isabel, hija mía, ¿qué tienes, por qué lloras?
ISABEL. Nada, papá, no es nada, la emoción natural...
JUAN. No, no, pobrecita, me engañas, me ocultas algo... Esta resolución tan repentina... Habla, ¿por qué lloras? Dime... ¿Tu madrastra tal vez? ¡Dímelo, porque eso sí que...!
ISABEL. No, papá, no... *(Serenándose.)* Elisa es buena, ella no tiene culpa, ni nadie; soy yo, son mis nervios... Verás: Ya no lloro, cálmate tú también, verás: estuve pensando en ello; tú sabes mi imaginación: me vi ya casada, en viaje de novios, lejos de esta casa, lejos de ti; pero ya pasó, pasó...
JUAN. Isabel... ¡Mírame! ¡Mírame así! ¿Me juras que no me engañas? ¿Que nadie tiene culpa de tu llanto? ¿Me juras que nada influyó en tu determinación de casarte? ¿Me lo juras?
ISABEL. ¡Te lo juro!

JUAN. Bueno, bueno... *(Medio mutis.)*
ISABEL. Pero quédate aquí, conmigo, quiero llorar contigo, así, como cuando era chiquita y tenía miedo...
JUAN. Pero, Isabel...
ISABEL. Sí, hoy se ha decidido mi vida y tengo miedo, mucho miedo y muchas ganas de llorar... *(Cae en sus brazos.)*
JUAN. Hijita, nena, calla, calla, corazón...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Gabinete en un hotel de lujo en San Sebastián. Muebles indispensables; dos sillones y una mesita. Puerta al fondo un poco a la derecha. Otra lateral izquierda. Una ventana. Cerca de mediodía. ¡Mucha luz!

ESCENA I

Isabel y el *Duque*. Ella, en traje de mañana, muy elegante. El, de claro. Prosiguen una conversación.

DUQUE. Eso es todo lo que pido, Isabel, y nunca pidió nadie con mayor desinterés que yo ahora. Tenga usted calma, sea usted fuerte y luche; pero sin violencias...
ISABEL. ¡Ay, querido amigo!...
DUQUE. Y sobre todo le pido que crea en mi sinceridad en este asunto; yo...
ISABEL. No le hace a usted falta sincerarse; yo creo en usted; usted es el mejor amigo de mi padre, lo fué usted de mi madre también, en usted se puede confiar. Yo sé que al presentar en mi casa a Enrique, al proponer este matrimonio, que tan desgraciada me ha hecho, le guió a usted la mejor intención... Si no lo creyese, no me confiaría a usted.
DUQUE. Muchas gracias, Isabelita, y precisamente por

eso, y porque lo sé todo, soy el primero en lamentar esta situación. Yo tengo fama de calavera, de alegre... ¡fama, nada más! Es verdad que a Enrique, mientras estuvo soltero, le acompañé en sus... no sé cómo decirlo...

ISABEL. Juergas, ¿no es así? Dígalo usted sin miedo, Duque.

DUQUE. Juergas... ¡Qué mal me parece esa palabra en boca de usted!

ISABEL. Si sabe usted de otra más suave...

DUQUE. No; juerga, jarana, orgía... dan lo mismo; todas tienen unas tremebundas jotas y suenan a castañuelas y huelen a vino... ¡Este idioma nuestro es tan expresivo, tan onomatopéyico!... Pero en fin, juergas y jaranas se acabaron para mí en cuanto Enrique se casó con usted...

ISABEL. Hizo usted lo que él no ha hecho...

DUQUE. Puedo jurarlo, Isabel. Ya ve usted que he venido de Madrid creyendo encontrarle; si fuera su acompañante no hubiera ignorado que hace ocho días que no parece por su casa.

ISABEL. Si no se trata de eso, Duque... ¡Ay, Dios!...

DUQUE. Ya lo sé, ya lo sé; acaso, y sin acaso, mi justificación es ociosa; pero, ¡qué quiere usted! Necesito que usted crea en mis consejos, que [illegible] parece lo mejor que tenga usted una explicación con su marido...

ISABEL. ¡Ay, Duque, parece que no lo conociera usted! El es violento, irascible, yo tampoco tengo mucha paciencia; si nos explicáramos, después de todo lo que sé, sólo llegaríamos a la ruptura definitiva, y eso, aunque lo deseo con toda mi alma...

DUQUE. ¡Por favor, no lo diga usted!...

ISABEL. Sí, con toda mi alma, pero tampoco es posible. Al separarme de mi marido tendría que volver a casa de mi padre, es decir, de mi madrastra, y con mi madrastra no vivo; eso sí que no, hasta eso, no.

DUQUE. Pero, Isabel...

ISABEL. *(Se levanta.)* No, no. Usted sabe que eso no

puede ser. Todo, todo; esta misma vida de infierno es cien veces preferible a vivir con ella. ¡Ah, no, no! ¡No, por Dios! Ya ve usted de lo que es capaz, hasta de esto: *(Por una carta que coge de encima de la mesa.)* ¡Del anónimo, de la villanía más vil!

DUQUE. ¡Ay, Isabel! "La mitad de las cartas que se pierden, se deben de perder", como dijo el poeta, con muy mala gramática, pero con muy buen sentido. Y ya que vuelve a hablar de ello, ¿tiene usted la certeza de que es su madrastra quien ha escrito el anónimo? ¿Podría usted probarlo?

ISABEL. No sé si podría probarlo...

DUQUE. ¡Ah! Hay que ser más reflexiva, más prudente...

ISABEL. ¡Quite usted, por Dios! ¿Quién puede tener tanto interés en enterarme de si mi marido va o viene, hace o deja de hacer? ¿A quién le importa si Enrique tiene en Madrid, en la calle de Serrano, número 15, y viene el número y todo, una casa donde celebra orgías... neronianas *(Enseñándole la carta.)*, vea, vea, festines de Sardanápalo y de Baltasar..., como aquí dice?... ¡Es de ella, de ella; el estilo la vende!...

DUQUE. En efecto; como no es posible atribuir el anónimo a un académico de la Historia, Nerón, Baltasar y Sardanápalo, hacen pensar en una de esas películas que a ella tanto le gustan, parecen nombres aprendidos en el cine...; pero a pesar de todo, Isabel, es demasiado grave la acusación; yo no creo a Elisa capaz...

ISABEL. Es capaz de todo, de lo más abyecto, de lo más atroz... ¡Usted lo sabe! ¡Usted está perfectamente enterado!... Elisa engaña a mi padre, me engañó a mí, a quien puso de pretexto, de tapadera...

DUQUE. Por favor, Isabel...

ISABEL. Esa es la palabra, Duque, aunque usted se asuste de ella más que de los hechos; de eso

servi, de biombo de sus relaciones con Roberto, y ahora que ya lo tiene, siente envidia de mis riquezas, de mi bienestar, de lo que ella cree mi bienestar. ¡Como no tiene corazón!...

DUQUE. Está usted muy excitada, Isabelita; yo le ruego que tenga más calma, que averigüe...

ISABEL. Si no hay nada que averiguar, si no puede ser de otra persona. Este anónimo es su regalo por mi cumpleaños. No ha disfrazado ni la letra, ni el papel que usa siempre, ni su perfume de Chipre, que marea... ¡Como si quisiera que me enterase de que es ella quien me da la buena nueva, quien sabe a punto fijo los pasos de mi marido! ¡Para escarnecerme impunemente, para eso lo ha hecho!...

DUQUE. También usted le da importancia a una habliila, a una maldad sin fundamento...

ISABEL. Eso no; usted sabe que cuanto dice aquí es verdad.

DUQUE. ¿Yo?

ISABEL. ¡Sí, usted, y yo también! Además, conozco a mi marido; me basta ver lo que hace delante de mí para deducir lo que hará en Madrid cuando yo no lo vea...

DUQUE. ¡Delante de usted!

ISABEL. Sí, señor, delante de mí. Hay aquí una señora de Bermúdez, una viuda alegre, rubia de oxígeno, gran amiga de mi marido...

DUQUE. ¿No serán figuraciones de usted?...

ISABEL. ¡Usted verá! Con ella juega al "tennis", con ella baila, con ella organiza excursiones al Ulía y al Igueldo... ¡Si hasta se bañan juntos! Ella sale con él nadando, mar afuera, entre las murmuraciones de todo el mundo, que me compadece.

DUQUE. Bueno, usted sabe que él es un deportista empedernido...

ISABEL. Sí... y ella es lo que no puede decirse... En el último baile del Casino se prendió de él con verdadera desesperación.

DUQUE. ¡Ja, ja, ja, me hace usted reír sin ganas!

ISABEL. Como lo oye usted. Agotaron el repertorio de tangos. ¡Y había que ver qué manera de bailarlos!...
DUQUE. Enrique es un gran bailarín...
ISABEL. ¡Y ella! Aquello era una especie de rumba y matchicha, todo mezclado... repugnante... Al día siguiente corría por todo San Sebastián un mote que me daba mucho gusto...
DUQUE. ¿Que le pusieron a usted?...
ISABEL. No, a ella: la llamaban la india morganática.
DUQUE. ¡Ja, ja!...
ISABEL. Para que vea usted...
DUQUE. ¿Para que vea yo? Querida Isabel, en esto yo sólo veo...
ISABEL. Que tengo razón para estar disgustada, ¿no es eso?
DUQUE. Sí, tiene usted, ¡pero no tanta!
ISABEL. No tanta, y he salido del limbo en que vivía para caer en este infierno...

ESCENA II

Dichos y *Clarita Bermúdez,* por el foro. Tiene unos treinta y cinco años; es muy rubia y llamativa.

CLARI. *(Entrando sin llamar.)* ¿Se han levantado ya en esta casa? *(Reparando en el Duque.)* ¡Ay, perdón!
ISABEL. Pase, pase usted.
CLARI. ¡Ay, no, perdone, creí que estaba usted sola!; como su marido no vino anoche tampoco... ¡Cómo me iba yo a figurar!
ISABEL. Si no hay nada que figurarse...
CLARI. No, no quise decir eso; ¡qué ocurrencia! Pero creí que estaba usted sola...
ISABEL. Estoy con el Duque de Vistabella, gran amigo de Enrique... La señora viuda de Bermúdez.
CLARI. Encantada...
DUQUE. Yo más, señora...
CLARI. ¿Eh?
DUQUE. Yo siempre más encantado.
CLARI. ¡Ay, qué gracioso! *(A Isabel.)* Pero no me pre-

sente usted así, la viuda de...

ISABEL. ¿Pues cómo, Clara?

CLARI. Así. Para el mundo no soy más que Clara Bermúdez; para mis amigos, Clara a secas, Clarita... Eso de la viudez envejece...

ISABEL. Siéntese, siéntese...

DUQUE. Pues hay un remedio, señora, volverse a casar.

CLARI. ¡Oh, muy galante!

DUQUE. Yo no me ofrezco, porque a mi edad, no es corriente el suicidio...

CLARI. ¡Oh, ni yo lo aceptaría!... ¡Adoro la libertad! "¡Liberté, liberté cherie!" ¡Yo soy muy francesa! Bueno, y usted me perdonará esta visita tan intempestiva...

ISABEL. No faltaba más...

CLARI. Sentiría haber interrumpido una conversación interesante...

DUQUE. Todo lo contrario...

ISABEL. Duque, que me deja usted malparada...

DUQUE. No, digo todo lo contrario, porque aunque había interés, la señora lo aumenta con su presencia. ¡Es un interés compuesto el que hay ahora!

CLARI. ¡Un interés compuesto dice, muy gracioso, muy gracioso!... ¿Conque es usted tan amigo de nuestro Enrique? Perdone, Isabelita, que lo llame así; pero es nuestro, en efecto; es el encanto de las señoras, el verdadero "ami des dames". (*Al Duque.*) ¿Y qué es de él? ¿Qué hace por los Madriles?

DUQUE. No lo sé, señora...

CLARI. Clara, Clarita, por favor...

DUQUE. Pues no lo sé, Clarita. Creí encontrarle aquí y vine a que el matrimonio me diera de almorzar.

CLARI. ¡Pues ya ve usted qué chasco, nos tiene abandonadas! ¡Y en cuanto a Isabelita, hace ocho días que no viene a la playa.

ISABEL. No tengo humor de salir; siempre he sido muy retraída.

CLARI. De soltera lo comprendo; pero una mujer ca-

sada ya tiene una relativa libertad. *(Al Duque.)* ¿No le parece?

DUQUE. Ya lo creo, ¡y una viuda libertad completa! ¿No es eso?

CLARI. Eso es, precisamente, y le perdono a usted la ironía...

DUQUE. La ironía es la pimienta de la conversación, Clarita...

CLARI. Sobre todo usted es libre de usarla. Yo adoro la libertad, ya lo he dicho. Soy un poco revolucionaria. A mi marido le gustaba que fuera así. Yo lo adoraba. Y él se lo merecía, eso sí; el pobre Bermúdez era muy bueno. Yo siempre le llamé Bermúdez, hasta en la intimidad, y no me digan ustedes que es cursi, porque ya lo sé; pero mi marido se llamaba Atenodoro, tenía esa desgracia, y llamarlo por su nombre se me antojaba mucho más cursi todavía... ¿Verdad?

DUQUE. Desde luego; llamarle Bermúdez, Bermudito de mi alma, era mucho más elegante.

CLARI. Pues, sí, le quise mucho; pero no he de llorarle toda la vida... ¡La vida es tan corta!... Por eso no comprendo su retraimiento, Isabelita.

ISABEL. Si lo hago sin premeditación, créame usted. Además, no me gusta el mar.

CLARI. ¡Ay, no diga usted, la Zurriola es un encanto!...

ISABEL. Yo encuentro el mar de una monotonía espantosa. ¡Vienen tantas desgracias por el mar!

CLARI. ¡Vaya, pareció aquello! Eso es quejarse del pobre Enrique. Ya sé que usted no siente así.

ISABEL. Como usted quiera.

CLARI. ¿Y no vendrá hoy tampoco?

ISABEL. No lo sé. El va y viene cuando quiere. Es como usted, muy amigo de la libertad.

DUQUE. Sí, también es un revolucionario...

CLARI. Pues sería una lástima que no llegase mañana. Nuestra partida de "tennis" quedaría incompleta y pasado mañana se juega la copa del Sporting. ¡Figúrese usted! ¡La perdemos,

la perdemos! ¿Usted no sabe nada, Duque, no le ha dicho?...

DUQUE. No, señora; ¡ay, perdón; no, Clarita!

CLARI. Decididamente: son ustedes dos ingratos...

DUQUE. ¡Yo, no!

CLARI. No, usted no; el matrimonio éste: Isabelita porque no viene a la playa y abandona nuestra tertulia, y Enrique porque nos pospone a sus amigotes de Madrid. ¡Ocho días sin venir! ¡Ocho días, hay que ver!...

DUQUE. Es un infame, un bandido.

CLARI. Y que sin él no hay fiesta, ni banquete, ni baile, ni diversión posible... A propósito, Isabelita, usted no tomará a mal que yo le escriba a Madrid, o le telegrafíe, recordándole su promesa de venir al partido de "tennis".

ISABEL. ¡Cítele a conferencia telefónica, es mejor!

CLARI. ¡Como no sé la dirección!...

ISABEL. Serrano, 16, es la casa de usted en Madrid...

CLARI. ¡Ay, gracias! Voy a apuntarlo. *(Escribe en un carnet de notas.)*

DUQUE. *(Aparte a Isabel.)* Pero Isabel, ¿qué dirección es ésa?

ISABEL. *(Ídem al Duque.)* Deje usted, es la que le conviene.

CLARI. ¿Decía usted?

ISABEL. No, nada...

CLARI. Esta noche misma le voy a escribir; digo: ¡si no se le ocurre llegar esta tarde! Porque no creo que deje el partido sin campeón. En fin, me voy; porque si no encontraré la playa desierta... Isabelita, Duque... ¡Encantada!

DUQUE. Yo más, yo siempre más, señora...

CLARI. Clara, Clarita, no se le olvide a usted mi nombre. ¡Y que seamos amigos! ¿Eh? Aquí, en este hotel, en el número 27, y en Madrid, Monte Esquinza, 21. Me quedo en casa todos los viernes. Adiós, Isabelita; luego daré una vuelta por si ha venido el viajero, y, en todo caso, no deje usted de avisarme. Adiós, ¿eh?

DUQUE. Clarita...

CLARI. Hasta luego, Isabel... *(La besa y hace mutis.)*

ESCENA III

Isabel, el *Duque* y luego *Concha,* foro.

ISABEL. ¡Vaya! ¡Ahí la tiene usted, eso es elegancia y frescura!

DUQUE. Sí, sí... es una enorme copa de champaña... helado. ¡Completamente *frappé!...* Con esa cabellera leonada...

ISABEL. Tiene el pelo de Judas, como sus besos. No ha entrado sino a ver si estaba mi marido. ¡No puede vivir sin él y no se oculta, ya la oyó usted!...

DUQUE. Ya, ya; pero vamos a ver, Isabel, ¿por qué le ha dado usted esa dirección?

ISABEL. Si la casa existe... ¡que usted sabe que existe!...

DUQUE. Yo no sé nada...

ISABEL. Sí, sabe usted, Duque. Pues esa casa es la que le conviene; en la casa de las orgías neronianas ella debe estar como una reina...

DUQUE. No, no; esto no puede ser, no puede ser...

ISABEL. Eso mismo digo yo hace cuatro meses, que no puede ser... y, sin embargo, es. *(Viendo entrar a Concha.)* ¿Qué ocurre, Concha? ¿Dónde estabas?

CON. Con el camarero, señorita. Vino a preguntar si la señorita almuerza en la habitación o baja al comedor... Le dije que le avisaría...

ISABEL. ¡Caramba, qué solicitud! Nadie lo había llamado.

CON. Es muy amable este camarero...

ISABEL. Mucho, sí, demasiado tal vez. Siempre está viniendo a preguntar si necesito algo... aunque esté seguro de que no necesito nada. ¿Tú no adivinas por qué, Concha?

CON. Señorita...

ISABEL. [illegible], no te hagas de nuevas... *(Al Duque.)* Anda siempre tras ella...

CON. ¡Qué disparate, señorita!

ISABEL. Sí, sí; pero abre los ojos, no te dejes engatusar...
CON. Descuide la señorita; yo no pico el anzuelo. Me basta con ver lo que es la vida de la señorita desde que se casó...
ISABEL. Bueno, bueno, anda ahora. En cuanto lleguen los viajeros de la estación, me avisas. A ver si al señorito se le antoja venir hoy. Si se acuerda.
CON. Sí, señorita. *(Mutis izquierda.)*
ISABEL. ¡Ay, pero no vendrá hoy tampoco! *(Pausa.)*
DUQUE. Isabel... ¿me permite usted una pregunta?
ISABEL. Usted dirá.
DUQUE. ¿Por que le da usted tanta confianza a la doncella? ¿Qué necesidad hay de enterarla?
ISABEL. ¡Pobre Concha! ¿No ve usted que es la única que me acompaña en mi soledad? De aquel poquito de alegría que tenía en mi vida de soltera, es lo único que me queda. ¡La pobre Concha! ¡Tan leal, tan cariñosa! Por eso la aconsejo y la vigilo, no me la engatuse alguien...
DUQUE. ¿Y qué?
ISABEL. Que no quiero que sea desgraciada, pobrecita...
DUQUE. ¿Y por qué habrá de serlo si se enamora de veras? Es usted demasiado pesimista.
ISABEL. Soy como me deja ser la vida, que es la que nos va enseñando. ¿Quiere usted nada más triste que mi vida desde que me casé?
DUQUE. Ya se alegrará, sí; porque esto tiene fácil remedio.
ISABEL. ¿Remedio esto?
DUQUE. Sí; porque el amor está de nuestra parte, es nuestro aliado. Porque está usted enamorada de su marido.
ISABEL. ¡Yo!
DUQUE. Lo ve un ciego, Isabelita; calle, calle, déjeme usted que le despierte la conciencia, porque se está usted engañando a sí misma. Usted sufre mucho, ya lo sé, y a su tristeza, a su mal humor, los llama usted despecho, ira, dignidad

herida; todo eso es amor... o se le parece mucho. Son celos...

ISABEL. ¿Celos yo, de Enrique? ¡Oh, no!

DUQUE. Sí, Isabel, y usted no tiene la culpa, ni debe avergonzarse de ello. El amor, nuestro amor, el que ha de complicarnos la vida, no lo escogemos a capricho, no lo compramos en la tienda... tropezamos con él, nos enredamos en él... ¡y lo sufrimos!...

ISABEL. Pues aunque lo sufriera, aunque me muriera, callaría siempre delante de él, siempre, siempre...

DUQUE. ¡Ah, ya es decir algo!

ISABEL. ¡Pero no, no, no lo quise, no lo querré nunca!

DUQUE. ¡Siempre, nunca! ¡Bah! Palabras que sobran en el diccionario de la vida...

ISABEL. No, no, no lo quiero...

DUQUE. Y, ¿por qué se casó usted entonces, si no lo quería? ¿Quién la obligaba?

ISABEL. ¡Qué sé yo! El deseo de huír de mi casa, de una casa que había sido mía, de mi madre, y ahora es de mi madrastra; la necesidad de que mi padre viera, por faltar yo, que no había pretexto para la asiduidad de Roberto en su hogar... Fui un poco egoísta, fuí cobarde...

DUQUE. Sí, Isabel, sí, y no reflexionó usted en el paso que daba. Más le hubiera valido negarse, pensarlo, decir la verdad en último caso y que cada palo aguantase su vela...

ISABEL. ¡La verdad! Sí, tiene usted razón. La verdad es la única que salva en estos casos; pero yo no podía pensar; no podía defenderme; era... una pobre señorita soltera...

DUQUE. ¡Toma, pues claro está! El requisito indispensable, desde Pero Grullo hasta nuestros días, para casarse por primera vez, es... ser señorita soltera...

ISABEL. No me hace usted reír, Duque...

DUQUE. Ni usted se deja entender...

ISABEL. Quiero decir que fuí víctima de mi condición, de mi educación, como lo son tantas, casi to-

das las de estos tiempos. Es inicuo lo que se hace con nosotras, las señoritas. No significamos nada, no contamos para nada, nada nos enseñan, nuestra única misión es el matrimonio y el matrimonio es esto, ¡Dios mío! Un hombre que viene a casa, el que quiera buenamente, porque una no puede buscarlo, y a casarse con él si a papá y a mamá no les parece mal. Después de dos meses, de tres, de un año, cuando sólo se conoce al novio en visita, que es no conocerlo, cuando nada se sabe ni de sus gustos, ni de su carácter, ni de su manera de ser, la firma de un notario y la bendición de un cura, en nombre de Dios y de la ley, arrojan a una pobre niña en los brazos de un desconocido a quien ha de quedar unida para siempre, aunque empiece a odiarlo desde el día siguiente, para siempre, suya para siempre, para toda la vida. ¡Toda la vida! Es inicuo, Duque; es una infamia, una infamia. *(Llora.)*

DUQUE. Bueno, bueno, a callar. Ande, vamos. A no disparatar. Yo puedo permitirme con usted esta confianza. Hay que hablar con Enrique... él es bueno, sí, es bien nacido y tiene buenos sentimientos; es un poco atolondrado, un poco calavera, su acento, sus dichos, hacen parecer que siempre habla en broma; pero si le tocan en el corazón, responde.

ISABEL. En el corazón...

DUQUE. Sí, sí. Y no se hable más. Mire que yo no puedo dejarla así...

ISABEL. ¿Pero es que se marcha usted?

DUQUE. Hace más de una hora que he llegado, Enrique no está, usted tiene que almorzar...

ISABEL. ¿Pero hoy que es mi cumpleaños me va usted a dejar solita? No puede ser. Le obligo a usted a hacer penitencia, hoy ayuna usted conmigo. Si viene Enrique, para que sea usted testigo de nuestra entrevista; si no viene, para que yo no almuerce sola...

DUQUE. Me rindo; pero antes me deja usted ir al Casino, he de hablar con Romerito, a quien tengo citado allí; vuelvo en un santiamén...
ISABEL. ¿De veras? Mire que le espero...
DUQUE. Dos palabras, dos aceitunas, un vermut, y aquí otra vez. Total, cinco minutos. Y ahora... rompa usted eso. *(Por el anónimo.)* No lo lea más.
ISABEL. No lo leo, no; lo guardo...
DUQUE. ¿Para qué?
ISABEL. Pudiera servir... ¡y yo no perdono!
DUQUE. Isabel...
ISABEL. Vaya, vaya y vuelva pronto.
DUQUE. Hasta ahora mismo, y no esté triste... *(Mutis.)*

ESCENA IV

Isabel, que al quedarse sola, vuelve a leer el anónimo, y, luego, lo arruga con rabia y lo deja sobre la mesa. Toca el timbre. Sale *Concha.*

CON. *(Saliendo, izquierda.)* ¿Llamaba la señorita?
ISABEL. ¿Han venido ya viajeros de la estación?
CON. El automóvil del hotel llegó hace un momento, señorita. ¿No oyó la bocina? Como no venía el señor, no quise avisarle; no me gusta dar malas noticias. Pero acaso en un taxi, en un coche...
ISABEL. *(Tranquila.)* No, no vendrá, no viene. *(Dan con los nudillos en la puerta.)* ¿Llamaron?
CON. Creo que sí, señorita... *(Llaman otra vez.)*
ISABEL. Sí, adelante, adelante. *(Levantándose.)* ¡Ah, papá, eres tú! *(Viendo entrar a don Juan.)*

ESCENA V

Dichas y *Don Juan.* Foro. Trae un gran ramo de flores.

JUAN. Yo, sí, hijita, ¿no me esperabas? El viejo que viene a felicitarte en tu día. *(La besa en la frente.)*
ISABEL. A felicitarme...

CON. Buenos días, señor. ¡Bienvenido!

JUAN. ¡Hola, Conchita! Estás muy guapetona...

CON. Los ojos de cariño con que me mira el señor. ¿Y la señora, cómo está?

JUAN. Bien, gracias; te envía muchos recuerdos...

ISABEL. *(A Concha, con cierta severidad.)* Bueno, bueno, anda, vé...

CON. Con permiso del señor. *(Mutis izquierda. Una pequeña pausa.)*

JUAN. *(Con extrañeza.)* ¿Por qué la echas así? ¿Qué te pasa, hija?

ISABEL. Nada, papá.

JUAN. Me recibes fría, malhumorada, con una actitud muy rara... ¿Qué tienes?

ISABEL. No tengo nada, papaíto, siéntate.

JUAN. Esperabas a tu marido, ¿verdad?

ISABEL. A mi marido...

JUAN. Y resulta que es el viejo... ¡Claro!, no ganas con el cambio.

ISABEL. No, papá, no es eso, no digas eso... ¡Es que estoy mal templada hoy!

JUAN. Eso ya lo he visto; yo lo veo todo.

ISABEL. ¿Todo?

JUAN. Todo, sí; en cambio, tú no has reparado en que te traía unas flores...

ISABEL. *(Levantándose y cogiendo el ramo que el viejo dejó en una silla.)* ¡Oh, perdona! Gracias, papaíto. *(Lo besa en la frente y lleva las flores a un florero.)*

JUAN. Aguarda... y esto... *(Saca del bolsillo un estuche.)*

ISABEL. ¿Qué?

JUAN. De parte de Elisa, ¡la madrastra, ya ves!

ISABEL. Gracias. *(Lo arroja displicente sobre la mesa, sin mirarlo.)*

JUAN. ¿No lo miras? ¿Ni por curiosidad siquiera? *(Isabel se encoge de hombros.)* ¡Pero mujer! ¡Vamos, Isabel, vamos!; eres rencorosa, y lo que es peor, sin motivos...

ISABEL. ¡Sin motivos, papá!

JUAN. Sin motivo, sí; ¿qué te ha hecho mi pobre mujer?

ISABEL. Papá, por favor...

JUAN. Contéstame, a ver... ¿qué te ha hecho? Nada, desavenencias sin importancia, discusiones... cosas de mujeres que no valen la pena para esta enemistad que a mí me entristece tanto por ti... Por ti, sí, porque me deja ver el fondo de tu carácter voluntarioso y violento, hasta ayer, y hoy... algo peor, rencoroso, malo, Isabel...

ISABEL. Papá... tengamos la fiesta en paz, te lo suplico...

JUAN. No, hija mía, no; no es así como debes contestarme... ni yo puedo tolerártelo. Te has independizado, te has ido de tu casa para casarte, tienes ya tu hogar, estás libre de la tutela paterna; pero soy tu padre, sigo siendo tu padre y no puedo aprobar tu conducta, ni pasarla en silencio... ¡no puedo!

ISABEL. ¡Ah, vamos! ¿Has venido a reñirme, eh? Te prepararon en casa, ¿verdad?

JUAN. ¡Mentira! ¡¡Oh!! Esto más, claro; piensas mal; naturalmente, piensas como sientes...

ISABEL. Mira, papá, dejemos esta conversación, dejémosla, te lo ruego.

JUAN. No podemos dejarla, no quiero yo dejarla. Yo no he venido a reñirte; tienes veintiséis años; en toda tu vida no puedes recordar un reproche mío. Ese es el mal, precisamente. Pero ahora, sí; ahora tengo que reprocharte, tengo el deber de reprocharte, y te reprocho con toda la dureza que haga falta. Te reprocho este rencor sin causa; te reprocho tu conducta hostil para con tu madrastra, para con mi mujer, ¿entiendes? ¡que es mi mujer!, a la cual recibiste como una enemiga las dos únicas veces que vino a esta casa, tanto, ¡que por dignidad no ha podido volver!

ISABEL. ¿Dignidad ella?

JUAN. ¡Dignidad ella, sí, cómo se entiende!

ISABEL. ¡¡Oh!! *(Se pasea conteniéndose á duras penas.)*
JUAN. No, no, si es inútil que te pasees como una fierecilla enjaulada... ¡Yo te domaré! ¡Te juro que te domaré! Hasta aquí podíamos llegar; pero de aquí no pasamos. ¿Qué cargo concreto tienes contra ella, vamos a ver? ¿Ahora mismo te envía un regalo y tú?...
ISABEL. ¡Oh, basta, papá, basta, ya no puedo más! ¡Antes me había enviado otra cosa!
JUAN. ¿Otra cosa?
ISABEL. ¡Esto, sí, esto! *(Cogiendo el anónimo y dándoselo.)* ¡Un anónimo, toma y lee!
JUAN. ¿A ver? *(Lee.)* ¡Oh, qué villanía!
ISABEL. *(Muy nerviosa.)* Lee, lee, ya ves, lee, es su regalo...
JUAN. ¡Oh, no! Es una infamia; pero no es de ella.
ISABEL. ¿Que no es de ella?
JUAN. No, ni puedes probarlo. El odio te ofusca, Isabel; no, no, no eres buena, no eres noble...
ISABEL. ¡Oh, basta, papá, basta por Dios!
JUAN. ¡Basta, sí, basta de sospechas infames, basta de creer enormidades que sólo se forjan en tu cerebro!... ¡No hagas pagar ahora a mi mujer la desesperación de tus celos!
ISABEL. ¡De mis celos!
JUAN. De tus celos, sí, y de tus rencores. Eres una chiquilla voluntariosa y déspota y aventuras un juicio temerario a sabiendas de que no es verdad... Mi mujer no es capaz...
ISABEL. ¡Es capaz de todo, de lo más horrible, de lo más bajo, y tú estás ciego, ciego, Dios mío!...
JUAN. Yo...
ISABEL. ¡Ciego, sí, por una mala mujer!
JUAN. ¡Isabel!...
ISABEL. ¿Querías saberlo? ¡Pues ya lo sabes!
JUAN. Calla, yo no quiero oírte.
ISABEL. ¡Pues me tienes que oír, se acabó, se acabó! Estoy harta de esta mentira que nos ha rodeado, que nos ha envuelto, como un torbellino, como una tempestad...

JUAN. ¡Calla!...

ISABEL. ¡Que nos ha llevado a la desgracia, que te ha llevado a ti a la vergüenza y al deshonor!

JUAN. ¡Al deshonor a mí!...

ISABEL. ¡Sí, porque te ultraja, porque mancha tu casa, porque te engaña con Roberto!...

JUAN. *(Lanzándose contra ella con el puño levantado.)* ¡¡¡Miserable!!!...

ISABEL. ¡Jesús!... *(Cae en el sillón, esquivando el golpe, que el viejo no le da.)*

JUAN. *(Se contiene y hace una transición, alejándose.)* ¡No, no, no, no, estás loca, loca, te ha enloquecido el odio, te han enloquecido los celos!... *(Cae en el sillón del otro extremo y oculta la cara entre las manos.)* ¡Loca, loca, loca!

ISABEL. *(Sentada en el sillón de primer término. Con la cara también entre las manos, de frente al público, hablando al mismo tiempo que el viejo.)* No, no, no estoy loca. *(Los sollozos la ahogan.)* Es verdad, es verdad, ¡y me dolía como un crimen callarla! Por eso huí de casa, porque no quería decírtelo, y no podía vivir en ese ambiente de mentira y de pecado... Y por esa mujer que te mancha, que te vende, padre, me has querido pegar a mí...

JUAN. Calla, calla...

ISABEL. ¡A mí, a tu hija, qué crueldad, qué injusticia!...

JUAN. *(Se incorpora y se pasa una mano por la frente.)* Es una infame, sí, sí... *(Da unos pasos.)* Calla, calla... *(Ella sigue sollozando.)* ¡Ah!, pero... *(Mira su reloj.)* Sí, sí, calla, calla... *(Ve que ella no le mira y entonces coge su sombrero y sale de puntillas por el foro.)*

ISABEL. Perdóname, papaíto, perdóname este gran dolor... *(Dice estas frases sentada aún, sin advertir que su padre se ha ido.)*

ESCENA VI

Isabel y el *Duque.*

ISABEL. *(Levanta la cara.)* Papaíto... ¿Eh?... Papá... *(Gritando desesperada al foro.)* ¡Papaito!... ¡Duque! *(Viéndole entrar.)*

DUQUE. ¿Que le pasa a usted? ¿Qué ocurre? He visto a Juan que bajaba en el ascensor; no pude hablarle...

ISABEL. ¡Ay, Dios mío, va herido de muerte! Lo sabe todo, sabe que lo engañan, se lo conté yo todo...

DUQUE. ¡Isabel, qué ha hecho usted!

ISABEL. No lo sé. ¡Estaba loca, desesperada!... Papá habrá ido a tomar el tren de Madrid...

DUQUE. No se apure usted; ya no tiene tiempo, son las doce y minutos...

ISABEL. ¡Corra usted a ver si lo alcanza!

DUQUE. Pero ya, ¿para qué?...

ISABEL. ¿Y qué hago, Duque?

DUQUE. Esperar, calmarse, ya pensaremos algo...

ISABEL. ¡Pensar! Yo sólo sé sentir, sentir esta desgracia horrible que pesa sobre mí como una maldición. *(Se sienta abatida.)* En vano callé cuando descubrí la verdad, en vano me tragué mis lágrimas y escondí mi pena y mi cólera... ¡Todo se vuelve contra mí! ¡Soy muy desgraciada, Duque. *(Llora.)*

DUQUE. Vamos, vamos, Isabelita. Hay que reponerse. Con desesperarse nada se saca.

ISABEL. *(Resuelta, de pronto, levanta la cabeza.)* Sí, tiene usted razón, con desesperarse no se remedia nada. *(De pie.)* ¡Yo debo remediarlo!

DUQUE. Pero, ¿qué pretende usted?...

ISABEL. Cumplir con mi deber, reparar el daño que he hecho, auxiliar a mi padre, que es lo único que tengo en el mundo. Me voy a Madrid...

DUQUE. ¿Pero qué pensará Enrique?

ISABEL. Enrique es quien tiene la culpa de todo, por

su abandono; pero no se trata de él ahora, sino de mi padre...

DUQUE. Pero Isabelita...

ISABEL. No, déjeme. Acompáñeme usted si quiere o déjeme ir sola, pero déjeme... Ni mi padre tiene mujer, ni yo tengo marido..., ni ninguno de los dos podemos tener ventura. Yo he de llorar en sus brazos y él en los míos... Hemos de acabar juntos, solos... Está escrito. Debo ir; es mi deber o mi castigo, no lo sé... Pero mi sitio está al lado de mi padre para sufrir con él, para llorar con él, y que sean míos también su dolor y su ira, y su desesperación; déjeme usted ir, Duque, déjeme usted... ¡Concha, Concha!... *(Mutis lateral.)*

DUQUE. *(Se queda un instante perplejo; luego exclama:)* ¡Vaya por Dios! *(Saca un puro, lo enciende y se pasea fumando.)*

ESCENA VII

El *Duque, Don Juan;* al final, *Isabel.*

DUQUE. *(Viendo que en la puerta del foro aparece don Juan muy abatido.)* ¡Juan, mi querido Juan! *(Le coge una mano entre las suyas.)*

JUAN. *(Casi sin voz.)* ¡Pablo!... *(Pausa.)* ¡Tú tambien lo sabías, tú también lo sabes, ¿verdad?

DUQUE. ¿El qué?...

JUAN. No me lo ocultes, me lo dice tu actitud, has hablado con Isabel...

DUQUE. Mi pobre amigo...

JUAN. ¡Ah!; las barbas del hidalgo han sido manchadas; pero yo te juro que se acordarán de mí...

DUQUE. Serenidad, Juan...

JUAN. Me iba a Madrid ahora mismo; llegué tarde, perdí el tren, pero te juro...

DUQUE. Calma; tu hija está desesperada; quería marcharse a Madrid, seguirle; está como enloquecida por el dolor...

JUAN. *(Que en ese momento ve aparecer a Isabel, con un abrigo y un sombrero, seguida de Con-*

cha. Se abrazan. Hay un breve silencio. Don Juan se lleva una mano al pecho, y cae medio desvanecido en el sillón, como si le empezara un ataque de angina de pecho.) Isabel, hija...

ISABEL. *(Cae de rodillas ante él, y le besa las manos.)* ¡Viejecito, mi pobre viejecito!... He sido una infame, he mentido, perdóname, perdóname...

TELÓN

NOTA. Todos los personajes masculinos de este acto entran en escena trayendo su sombrero en la mano.

ACTO TERCERO

Un salón muy elegante en Madrid en barrio nuevo y aristocrático. Al foro gran puerta con un portier o tapiz. Libres, por unas columnas, como en una galería, los segundos términos derecha e izquierda. Un gran ventanal a la derecha, primer término. Ante él una mesa. A la izquierda, primer término, puerta. Otoño. Media tarde.

ESCENA I

Enrique y el *Duque*. Salen hablando por la derecha y luego beben coñac y charlan ante la mesa. Enrique tiene vendada la mano derecha.

DUQUE. ¿Adónde dices? No te entiendo.

ENRIQ. Allá, hombre, detrás de la *roserie*, de la rosaleda, como vos decís. Voy a poner un quiosco para cenar bajo la luna las noches de verano. Acá, a la izquierda, la pista de *tennis*, y detrás de las parras, en el campo grande...

DUQUE. En el solar, quieres decir...

ENRIQ. Sí, pues, en el solar, las cuadras, el *stud*. Va a tener cabida para quince caballos. Quiero fomentar la afición hípica en Madrid. Yo, desde aquí, lo vigilaré todo como un señor feudal. ¿Te gusta, che?

DUQUE. Naturalmente, vaya una pregunta. Es una propiedad magnífica. Palacio, quinta de recreo,

centro de sport, todo en una pieza. ¡Lo que puede el dinero! ¡¡La plata!! ¿Eh?

ENRIQ. Sí, la plata de la abuela; y sin embargo, mirá, la plata no sirve para nada, che!

DUQUE. No digas barbaridades; el dinero sirve para todo.

ENRIQ. ¿Vos creés? El día de la felicidad, para todo el mundo, será cuando nadie tenga plata, porque entonces será lo mismo que si todos la tuvieran. Cuando nada se compre, porque nada se venda. Entonces...

DUQUE. ¡Uf!... ¡Utopías de Ultramar, muchacho, pasadas por agua! El dinero... es lo peor del mundo; pero mientras exista, hay que procurar tenerlo, porque con él se puede hacer lo mejor del mundo.

ENRIQ. No digás...

DUQUE. Sí, se puede ser lo mejor del mundo, ser bueno.

ENRIQ. Y sin plata también...

DUQUE. ¡Ca, para ser bueno hay que haber comido bien! Y no sólo cocido: principio, ya sabes que los buenos principios son la base de la moral. Lo dijo Epaminondas.

ENRIQ. Sin embargo, che... la conciencia...

DUQUE. La conciencia no se guisa, mi palabra de honor. Tal como está hoy el mundo, querido Enrique, ser caballero es pagar sus cuentas a fin de mes, no dejar que le protesten a uno ninguna letra, y convidar, y dar buenas propinas, y regalar. Ser persona decente es el mejor negocio, pero se necesita capital.

ENRIQ. Bueno, bueno, pero no me convencés; tengo en casa el ejemplo; míralo al viejo, a mi suegro. Es pobre, y le han pasado cosas grandes, y se siente feliz.

DUQUE. Bah, es un muerto que anda...

ENRIQ. Dice que este jardín le ha devuelto la vida, y así es, no más. Mirá que lo que le ha sucedido es para aniquilar a cualquiera. Primero el ataque al corazón en San Sebastián, después, al llegar aquí, la sorpresa...

DUQUE. No fué sorpresa; cuando volvió ya sabía que su mujer y Roberto...

ENRIQ. Pero no esperaba que se hubiesen escapado. A él le esperanzaba encontrarlos, para vengarse; ¡el viejo es muy valiente, che! ¡Y habían volado, no más! Ya ves. ¡Qué cosa bárbara!

DUQUE. Es verdad, yo no sé cómo vive todavía el pobre Juan...

ESCENA II

Dichos y *Don Juan*, por el segundo término izquierda. Viene menos cuidado de indumentaria; caídos los bigotes, sin recortar la barba; el aire más viejo y más triste que en los actos anteriores. Luego *Concha.*

DUQUE. *(Viéndole entrar.)* ¡Caramba, hombre, todavía en pie!

JUAN. Siempre firme, querido Pablo.

DUQUE. Eso quiere decir que los males van mejorando...

JUAN. No van, no; se han ido ya, ¡gracias a Dios! ¡Estoy bueno y contento!...

ENRIQ. ¿Quiere tomar un coñaquito con nosotros?

JUAN. No, hijo, alcohol, no; ya me libré de él para siempre...

ENRIQ. Una copita no le hace daño. Así duerme más a gusto la siesta.

JUAN. Hoy no duermo siesta. ¡Sería un crimen! Este sol en otoño, no se goza todos los días. ¡Me parecería un pecado dormir! *(Aparece Concha por donde apareció el viejo; trae su capa y su sombrero, se los da y hace mutis. El viejo se pone la capa sin dejar de hablar.)* Me voy al jardín a leer mi correspondencia bajo los árboles. ¡El jardín, con sus hojas amarillas, es de oro, en la paz serena de esta tarde maravillosa!...

DUQUE. ¡Vaya! Veo que no has perdido el gusto por la literatura. Sigues siendo un orador formidable y haciendo frases.

JUAN. No le he perdido el gusto a nada.

DUQUE. Eres muy bueno, pobre Juan...

JUAN. No, pobre, no; no quiero que me llames pobre... Nó quiero que me compadezcan... Es absurdo compadecerme... Yo estoy contento, muy contento con mi suerte, y voy a ser feliz, porque quiero serlo. ¿Me entiendes? Hace unos meses, cuando me hirió esa desgracia—y Dios me perdone que la llame así—, creí que no había de consolarme nunca, y sentí por la traición infame, infame no, humana, de esa... mujer... que la deshonra me subía a la garganta y me ahogaba...

ENRIQ. Pero, don Juan...

JUAN. Pensé en perseguirlos, en vengarme, en matar, sí. Un ataque al corazón me ató en el lecho... Dios supo lo que hizo y yo se lo agradezco, que al fin me impidió cometer una locura... Porque era una locura, sí; porque no había tal deshonor, no, no lo había. Ya es tiempo de que se destruya el error de creer que porque una mujer nos engaña hemos perdido la honra. No; el que nos dejen de querer, es tan natural y tan lógico, que no constituye deshonra, ni ofensa siquiera. Puede ser un dolor, una desgracia, y ni las desgracias ni los dolores deshonran; por el contrario, la traición ennoblece al traicionado.

DUQUE. Eres un filósofo, Juan...

JUAN. Soy... un hombre, y sé que mi honor es mío, está en mí, en mi conciencia, en mi pensamiento, en mi alma, en mis acciones, no en la liviandad de una pobre mujer loca o desdichada, a quien hice la merced de mi nombre. En cuanto a él, ¡bah!, él fué el cazador de un mal bicho y en el pecado lleva la penitencia... ¿Me entendéis?... Quiero que el honor, que mi honor, no sea un concepto hueco e inflado, hijo de la vanidad y de la opinión ajena, sino un sentimiento íntimo de mi conciencia, y ya no quiero ser calderoniano, ni rancio, ni castizo,

quiero ser algo más noble y más grande; quiero ser humano y libre.

DUQUE. ¡Tienes razón, Juan, tienes razón!

JUAN. Y ahora sí me voy, que el jardín está lleno de sol, y me llama...

DUQUE. ¡Vete con Dios, hombre!

JUAN. Con Dios, sí, señor. Dios no me abandona nunca. Aprieta, pero no ahoga. ¡Gracias a Dios! Hasta ahora... *(Vase lentamente, segundo término derecha.)*

ENRIQ. *(Acompañándole.)* Hasta luego, don Juan. *(Al Duque.)* ¿Lo ves? ¡Es estupendo el viejo!

DUQUE. Hace de tripas corazón; está muy achacoso.

ENRIQ. No creás. Es un profesor de energías, como él dice. Te prometo que sí. Desde que lo trajimos aquí y hace cinco meses, ni volvió a hablar de la traición, ni se acordó más de su mujer, ni nombró siquiera a Roberto... Mansito el viejo parecía esperar la muerte como un valiente. Allá, en el cuarto que le preparamos, sentado en un sillón, mientras Isabel y yo lo cuidábamos, miraba al cielo con una mirada de resignación y apenas hablaba. Ahora... ¡Ya lo escuchaste! ¡Es un santo, che! ¡Y es feliz, no más, mientras que yo!...

DUQUE. ¿Tú, qué? ¿Me vas a decir ahora?... *(Se oye dentro una copla.)*

VOZ. *(De hombre, un poco lejos.)*

A la huella, a la huella,
huella, huellita...
volvé pacá tu cara
que es tan bonita.

ENRIQ. Ss, callate, oí...

DUQUE. ¿Qué?...

ENRIQ. ¡Sí, ese canto, ss... callate...!

VOZ. *(Dentro.)*

Para bailar el gato...
precisan cuatro:
dos muchachas bonitas,
dos mozos guapos.

Grita la infeliz madre,
dale que dale,
cuanto más chicharrones
más grasa sale...

ENRIQ. *(Siguiendo a media voz tamborileando con la mano sobre la mesa.)*

A la huella, a la huella,
huella cantando...
hacia la mar los ríos
se van llorando...

(Rompe en un sollozo.)

DUQUE. ¿Pero qué es eso? ¡Hombre, que no se diga! ¿Te ha puesto sentimental el coñac?...

ENRIQ. No, viejo, no...

DUQUE. Vamos, vamos. Sentimentalismos, no; no te pongas cursi. La ternura, la blandura de corazón es para los buenos, para los tontos; en este mundo lo importante y lo agradable no es ser bueno, sino listo... ¡Hay que ser listo, es la gran ciencia moderna!

ENRIQ. No te burlés; esos cantos de mi tierra me revolucionan el alma. Es mi criado, mi jardinero, Juan de Dios, el que los canta, y se me meten muy adentro, viejo. No me pongo cursi, me pongo triste. ¿Creés que se puede ser feliz así?

DUQUE. ¡Enrique! No te quejes. Que por la enfermedad de tu suegro te hayas retraído unos meses, no tiene nada de particular. Ya volverás a tu vida de diversiones.

ENRIQ. Si es que no quiero volver...

DUQUE. ¿Y eso?

ENRIQ. ¡Qué querés! ¡Me cansé, no más! ¡Todo cansa! Diez y ocho años de mi vida en Buenos Aires, y en estas ciudades de la vieja Europa, donde los edificios altos escamotean la luz, y hay tantas cañerías, tantos tubos, tanta maquinaria, yo no sé explicarme, tanta electricidad aplicada y tan poca franqueza... ¡y meta farra y meta tango, y bochinche, y whisky, y

trasnochadas!... y de repente, no más, una mañana me levanté con un mal sabor de boca bárbaro, como si hubiera tomado hiel purita, y con dolor en las sienes y en el alma también. Era la vergüenza de todas las indiadas que había cometido por la noche. ¡La vergüenza! Entonces empecé a recordar mi infancia, allá en la pampa, en la estancia de la abuela... mi pampa con sol, mi pingo que corría libre por ella, las tardecitas bajo el ombú, el cabrito carneado en el campo, sobre la hornilla rústica... ¡Ah, vida linda, viejo, que ya no vuelve, que se fué para siempre!

DUQUE. ¡Vaya por Dios!...

ESCENA III

Dichos y Juan de Dios, lateral derecha. Es un indio viejo, argentino. Pelo cerdoso, sin canas. Unas hebras de bigote blanco colgando como flecos en las comisuras labiales. Trae en la mano el sombrero de paja. Pantalón oscuro, cinturón de cuero con un puñal; camisa de lana burda, sin americana ni chaleco, y un pañuelo de seda azul Purísima al cuello. Habla cantando, sin dejar de hablar cuando respira, y haciendo unas comas altas, gritadas e inverosímiles. El actor que no conozca el acento y no haya oído al autor, se inventará una manera de hablar lo más absurda posible; pero, desde luego, huyendo de esa languidez tradicional en los americanos de teatro, sino más bien atropellando la dicción de modo que no se le entienda. Es un papel a propósito para los camelos. Llega corriendo, jadeante.

ENRIQ. ¡Hola, Juan!...

J. DIOS. Perdoneme, patronsito...

ENRIQ. Este es Juan de Dios, el que cantaba... Mi fiel Juan de Dios...

J. DIOS. ¡Hasta la muerte, patrón!

ENRIQ. Saludá al señor...

J. DIOS. Güenas tardes, patronsito, ¡[illegible], pues! ¿cómo dice que le va yendo?

DUQUE. Bien, gracias...
ENRIQ. Ya lo ves; es un gaucho puro de Córdoba...
J. DIOS. ¡Ahijuna!
DUQUE. ¿Y qué cantabas?
J. DIOS. De todito, patrón... Ahora estaba haciendo, no más, un revoltijo del gato con la huella; mi tocayo ño Juansito, el patrón viejo, toitos los días me hace que le cante... ¿no? ¡Ah, viejo lindo! Y yo le canto, no más, la vidalita y la chacarera y el ay, ay, ay... pero si se estrila el patrón no volveré a berrearlos...
DUQUE. ¿Qué dice, hijo? No le entiendo una palabra.
ENRIQ. Que si me estrilo, quiere decir que si me enfado... pero no me estrilo, che...
J. DIOS. ¡Y cómo le va, patrón! Si tuita el alma de nuestros pagos está yorando en la canción. El tata Juan me dijió que le cantara, ¿no?, que le gustaba oirlo y yo le metí, no más, a la huellita. Güeno, patrón. Dispensemé, no, si he entrao así de repente; pero yo venía a desirle, con su permiso, que el cochero es un gayego sonso que quería atar, no más, al cojudo a la charrete, y yo le dije entonces que el matungo tordiyo es un mancarrón que no tira y que le iba a meter una punta de patadas que iba a mandar el coche a la gran siete.
ENRIQ. Y claro, y desile que no sea otario, que el pingo cojudo no es programa, y que va a poner el coche a la miseria...
J. DIOS. ¡Ahijuna, patrón! Ya le dije... pero es al ñudo... El cochero es un gayego sonso y ha agarrao un peludo de la madona...
DUQUE. ¿Eh?
ENRIQ. Un peludo, quiere decir una borrachera...
DUQUE. ¡Caray!
J. DIOS. Sí, patrón. Toito el día está soplando, no más. Hay en el jardín un perfume a aguardiente que da fiebre, patrón. Toitas las flores apestan que es una cosa bárbara...
ENRIQ. Bueno, bueno, anda, no más...
J. DIOS. Voy ahorita. Pero le prevengo que si se me

retobo me voy a poner cabrero y si le doy un biabazo se va a armar, no más, un batifondo de los diablos... ¡Una gran flauta!

DUQUE. ¡Caracoles! ¡Pero estás hablando en chino, qué barbaridad!

ENRIQ. Nosotros nos entendemos, ¿no es cierto?

J. DIOS. ¡Y cómo no; con permiso del patrón, somos como chanchos! Yo fuí mayordomo en la estancia de su tata, ende que el patronsito era un pebete... ¡Más diablo!, ¡ahijuna!

DUQUE. Bueno, ¿y qué quiere decir ese ahijuna que nos coloca a cada instante?...

J. DIOS. ¡Ahijuna, patrón!

ENRIQ. Es algo como el ¡olé con olé!, de ustedes...

DUQUE. ¡Caray! Pues no se parece mucho, la verdad... ¿Y dices que éste es de Córdoba?

J. DIOS. ¡De la Córdoba, de ayá, patrón!

DUQUE. ¡Ah! ¿Y hace mucho que estás en España?

J. DIOS. Tres meses, ende que el niño me dijió que viniera a acompañarle...

DUQUE. Ahora comprendo que tengas ese acento...

J. DIOS. Eso, no, patrón. Aunque pasaran cien años, yo siempre hablaría mi idioma nacional...

DUQUE. ¿Tu idioma nacional?

J. DIOS. ¡Y cómo le va! Mi idioma, patrón, que hablo dende que era un pibesito, así, no más...

DUQUE. ¿Y tienes pena de haber dejado tu tierra?...

J. DIOS. ¡Ay, patrón, y cómo no! Pero mucha más pena hubiera tenido más antes. Más antes mi tierra era mi tierra. La pampa linda, no más, libre, con mi china, mi pingo, mi mate y mi guitarra... Ahora ya no es lo mismo...

DUQUE. ¿Y por qué?

J. DIOS. Han venido los gringos, ¿no?, y los gayegos... pues, patrón... Y el tren... ¡Ahijuna! Ese diablo del tren que resopla y echa chispas ya se metió por todas partes..., ¡che, qué porquería!...

ENRIQ. Bueno, bueno, andá...

J. DIOS. ¡Cómo no! ¡Con el permiso del patrón! Pero ya sabe, como me conteste, no más, le doy con el facón y le saco los chinchulines.

ENRIQ. ¡Ss, andá, andá!... decile lo que te he dicho.

J. DIOS. Güeno, patrón; usted manda, patrón... Güenas tardes, patrón... Dispenseme, patrón... Y que le vaya yendo bien, no más, ¿no? Guenas tardes, patrón... *(Mutis.)*

DUQUE. ¡Chico! Es de una verbosidad aterradora... ¡Vaya una labia!...

ENRIQ. ¡Pobre Juan de Dios! Es un poco en ordinario el tipo de nuestros viejos gauchos. Decidor, valiente, enamoradizo y poeta... Y pobre y feliz, mientras que yo...

DUQUE. ¿Volvemos a las andadas?

ENRIQ. Estoy triste, triste... ¡y pensar que la culpa de todo la tiene Isabel!

DUQUE. ¡Isabel!... ¡No te entiendo!

ENRIQ. ¿No has adivinado todavía que estoy enamorado de mi mujer?

DUQUE. ¡Caramba! ¡Me llevas de asombro en asombro! ¿Eso será ahora, repentinamente? Cuando te casaste...

ENRIQ. Cuando me casé te dije que me gustaba, sólo que yo no supe darme cuenta de hasta qué punto me gustaba. Entonces no sentía como ahora, no pensaba como ahora. La gayeguita era linda; pero era pobre y no podía vestirse, y cuando se pudo vestir con los trajes de Paquien, que yo le hice venir de París, entonces, me pareció más linda. Después... ella ha sido violenta, rabiosa conmigo, eso es verdad; pero otra mujer, con todo lo que yo le he hecho... hubiera andado con el paso cambiado, y ella no, ella no; ha sido siempre muy señora, ¡y la quiero mucho, no más, no hay que hacerle, la quiero!...

DUQUE. Pues entonces... ¡alégrate, porque ella también te quiere!

ENRIQ. Ella, no...

DUQUE. Ella, sí; no te quería cuando se casó contigo, estoy conforme; pero ahora, sí; que después de todo, en tus brazos aprendió el nuevo sentido de la vida y despertó al amor...

ENRIQ. Aunque así fuera, no me lo diría nunca...
DUQUE. Pues arráncale tú la confesión. Sea como sea.
ENRIQ. ¡Ay, viejo!
DUQUE. Mira, en toda tu vida siempre caminaste por el atajo. Para dar con el dinero, te casaste sin amor; lo buscaste a campo traviesa: el amor ahora se te da por añadidura; descúbrelo como sea, sin rodeos, sin vacilaciones, hablando con ella, a campo traviesa también.
ENRIQ. No puede ser...
DUQUE. Sí puede ser, queriendo. Y cuando triunfes, que triunfarás, habrás de agregarle a tu blasón, bajo las águilas blancas de tu escudo, esta divisa, divisa de luchador y de fuerte: ¡A campo traviesa! Créeme a mí.

ESCENA IV

Dichos y *Concha*, que sale lateral derecha con unos figurines y unas flores.

CON. El coche está listo. Cuando gusten...
DUQUE. ¿Nos vamos?
ENRIQ. La verdad... yo no tengo ganas de salir. Anda tú solo y hacés tus compras...
DUQUE. Hombre, yo solo, aprovechar tu coche, me parece abusar...
ENRIQ. ¡Valiente! Vos no abusás nunca. Andá, yo te acompaño hasta el coche... *(Hacen mutis.)*
DUQUE. Eres de una amabilidad versallesca... ¡hay que confesarlo! *(Mutis los dos.)*

ESCENA V

Concha coloca las flores en un jarrón. Por la primera izquierda sale *Isabel*. Muy elegante.

CON. Señorita, los figurines: los acaban de subir.
ISABEL. Trae... ¿Se marchó el señorito?
CON. Sí, señorita. Salió ahora mismo con el Duque.
ISABEL. Y papá, ¿está durmiendo su siesta?
CON. No, señorita; le subí el correo, se puso muy contento y bajó al jardín.

ISABEL. *(Sentándose a la derecha, primer término.)* Está bien.
CON. ¿Traigo el te?
ISABEL. No, todavía es temprano; yo te lo pediré.
CON. Está bien, señorita. *(Mutis foro.)*

ESCENA VI

Isabel, hojeando los figurines. *Enrique.*

ISABEL. ¡Ah!, ¿eres tú?
ENRIQ. Yo, sí, ¿te extraña?
ISABEL. *(Sin mirarle.)* Creí que habías salido.
ENRIQ. Pues ya ves, no he salido; no he querido salir. ¿Tiene algo de particular?
ISABEL. *(Sin mirarle.)* Como dijisteis en el almuerzo tú y el Duque que saldrías en coche...
ENRIQ. Pero yo he resuelto no salir...
ISABEL. Bueno, está bien. *(Se levanta y va a hacer mutis por donde salió.)*
ENRIQ. ¿Te vas? ¿No tomas el tè hoy?
ISABEL. Es muy temprano, acabamos de almorzar.
ENRIQ. ¿Y si yo quisiera tomarlo ahora?
ISABEL. Con pedirlo...
ENRIQ. ¿Y si quisiera que vos lo tomaras conmigo, o te quedaras aquí mientras yo lo tomo? *(Isabel lo mira extrañada.)* Contestáme.
ISABEL. Me quedaría... Ya sé que eres el marido y que me toca obedecer. Si eres capaz de hacerme semejante violencia... ¡me quedaré!
ENRIQ. ¡Ah, eso es una violencia! *(Isabel se encoge de hombros e intenta marcharse.)* Oye...
ISABEL. ¿Qué?
ENRIQ. Nada. Que parece que no quisieras estar conmigo.
ISABEL. No veo para qué hemos de estar juntos. Nunca lo estamos.
ENRIQ. Sentate, te lo ruego. *(Isabel se sienta a la izquierda.)* ¿Te molesta mi presencia? Decilo, ¿te molesta?
ISABEL. Por lo menos, me mortifica esa venda en tu

mano, que me recuerda, lo que yo no quisiera recordar...

ENRIQ. ¡Ajá! No está mal. Hasta voy a tener que agradecértelo, demuestras con eso...

ISABEL. No, no creas que son celos, no son celos...

ENRIQ. Ya me figuro que no son celos... Bueno, pues esta venda está cubriendo una herida recibida en duelo... Asunto caballeresco, de honor...

ISABEL. Sí, todo lo honorable que quieras; pero el duelo muy noble y muy caballeresco, siempre tiene por causa una acción anterior, generalmente poco noble y poco caballeresca. El tuyo nació aquella tarde famosa; fué por una cualquiera... por una mujerzuela... Lo menos que puedo pedir es que no me lo recuerdes.

ENRIQ. *(Acercándose un poco, con sorna.)* ¿Querés que me arranque la venda? Porque si te molesta, yo...

ISABEL. ¡No, eso no, por Dios!

ENRIQ. *(Con más sorna.)* ¿Creíste que me la iba a arrancar?

ISABEL. Te creo capaz de todo, Enrique, y no te quiero tan mal para permitir que por una violencia se te vuelva a abrir la herida...

ENRIQ. No me quieres tan mal... Ni bien tampoco.

ISABEL. ¿Has hecho tú por que te quiera?

ENRIQ. ¡Ah! ¿Me vas a decir que no son celos?

ISABEL. *(Levantándose indignada.)* Bueno, pero ¿qué es esto?—pregunto yo—. ¿Es que quieres burlarte de mí?

ENRIQ. No, Isabel; es que quiero demostrarte que no es vergonzoso tener celos de su marido.

ISABEL. ¡Marido! Pero, ¿lo tengo yo, lo tuve acaso alguna vez? ¿Puedo decir que tengo marido?

ENRIQ. ¡Ah, ya ves!...

ISABEL. Ni quiero tenerlo, ni me importa. No me interpretes mal. Puedo vivir tranquilamente sin tu amor.

ENRIQ. ¡Isabel!...

ISABEL. Y sin ningún otro amor de hombre, no te alarmes. Y no por respeto a ti, que no mereces

ninguno *(Se va emocionando a pesar suyo.)*, sino por respeto a mí misma; no por incapacidad de amar, sino porque tengo una triste experiencia de la incapacidad nuestra y sé que todos los hombres juntos no valéis una lágrima de mujer. ¡Ni una sola! ¡Ya lo sabes! ¿Querías molestarme una vez más, mortificarme? ¡Ya lo has conseguido! ¡Déjame en paz ahora!

ENRIQ. Pero Isabel...

ISABEL. ¡Yo no te pido cariño, ni consideración, ni respeto siquiera... me basta con el que tengo de mí misma, de mi deber, de este deber mío tan injusto y tan penoso!... ¿Querías que me quedara aquí? Ya estoy aquí, te obedezco y me quedo. *(Se sienta.)* Yo no te pido nada, sino que me dejes en paz, que no me atormentes, que me dejes llorar sola, sin hablarte... sola..., así... *(Llora.)*

ENRIQ. Vamos, mujer, no llorés ahora... yo te ruego...

ISABEL. Sí, me ruegas, después de haberte empeñado en hacerme llorar...

ENRIQ. Es que yo también me canso de que huyas de mí; me canso de oírte decir a todas horas que no me quieres.

ISABEL. Digo la verdad...

ENRIQ. *(Muy mimoso.)* ¿Decís la verdad, gayeguita?

ISABEL. La verdad, sí; no tomes ese aire de pícaro, de conquistador, que no ha de valerte conmigo.

ENRIQ. Y decime en serio ahora: ¿Vos creés que es muy moral, muy bonito, que una mujer diga a todas horas a su marido que no lo quiere?

ISABEL. Es por lo menos mucho más leal, que mentirle a una mujer diciéndole te quiero sin sentirlo, para casarse con ella.

ENRIQ. ¿Estás segura de que yo no te quería?

ISABEL. *(Levantándose.)* ¡Oh! ¿A qué conclusión quieres llevarme? ¡Habla claro!

ENRIQ. A la que sea, a la verdad...

ISABEL. Pues la verdad es que no me quieres y que no me querías...

ENRIQ. ¿Que no te quería?

ISABEL. No; te casaste conmigo por el dinero...
ENRIQ. Isabel...
ISABEL. Sí; no el mío, que nada tenía, pero por el de tu abuela, que te prometió sus millones si te casabas con una española... ¡Y la española fuí yo, yo! ¡Qué mal hiciste! ¡Había tantas donde escoger, tantas! Por qué había de ser yo, precisamente, que no puedo agradecértelo.
ENRIQ. Sos injusta, Isabel; sí, injusta y cínica...
ISABEL. ¿Yo?
ENRIQ. ¡Vos! ¿Por qué te casaste conmigo? Por despecho.
ISABEL. ¡Enrique!...
ENRIQ. Cuando viste que Roberto no te quería, cuando te sentiste abandonada...
ISABEL. ¡Calla, calla! ¡Qué poco generoso, qué poco digno eres! De mi pasado tú no puedes hablarme, puesto que no es vergonzoso. Yo era honrada, lo soy, ¿qué más? ¿Qué derecho tienes tú para hablarme del pasado, si no has sabido apoderarte del presente?
ENRIQ. ¿No he sabido o no me dejaste? ¿Cómo te has portado conmigo?
ISABEL. ¡¡Como me debía portar!! Yo no te tolero que me ofendas. Yo no te dije nunca que te quería; yo no te engañé nunca. Te prometí cumplir con mi deber y lo he cumplido. Si necesitabas amor, mal hiciste en casarte conmigo.
ENRIQ. ¿No te parece demasiado cruel, demasiado crudo lo que me decís?
ISABEL. Y no fué cruel tu indiferencia para conmigo, que aunque fuí al matrimonio, sin quererte, estaba en la mejor disposición para haberte querido. ¿Qué has hecho tú para merecerlo?
ENRIQ. Yo lo esperaba y fuiste vos la esquiva, la...
ISABEL. Porque tú merecías mis esquiveces; no venías a casa, ni a dormir siquiera... ¡Cuántas veces me pasé la noche en vela, esperándote; cuántas veces lloré en vez de comer, en ese comedor tan lujoso donde tú me dejabas tan sola!...
ENRIQ. ¿Sabés vos si no venía porque me alejaba tu

desamor? ¿Sabés si no era por olvidar en el aturdimiento de las farras y de las fiestas la frialdad de tu corazón?

ISABEL. ¡Mi frialdad! ¿Me habló alguna vez el tuyo?

ENRIQ. ¿Me quisiste escuchar vos? ¡Desime! ¿Me has querido alguna vez? ¿Me querés ahora? ¡Dilo! ¿Por qué no lo decís? ¡Dilo!... ¿Me querés?

ISABEL. No, no, no, basta, no; no finjas ahora, yo no puedo creerte; no quieras demostrarme que has cambiado... Ahora quieres salirte con el donjuanesco capricho de oírme decir que te quiero, ¿no es eso?...

ENRIQ. Sea como sea, decí la verdad...

ISABEL. Pues bien, no; no te quiero, no te quiero, yo no puedo olvidar...

ENRIQ. ¡Ah, soberbia, que no sos más que eso, soberbia y dura y mala!... ¡y cuanto más hablemos, menos podremos entendernos!...

ISABEL. ¡Enrique!...

ENRIQ. No, no, la que es buena no tiene temor de humillarse, no es tan soberbia como tú... no... *(Transición.)* A ver, por última vez: quiero ver hasta dónde llega tu.. no sé cómo llamarlo... Desime: ¿Has tenido alguna vez celos de mí? ¿No? ¿Te callas, eh? Entonces no me quieres, no me quieres, no me has querido nunca, y no sé para qué vivimos juntos...

ISABEL. ¡Ah, ya ves! A esta conclusión querías llegar, te conozco...

ENRIQ. No quería llegar; pero llego puesto que no podemos entendernos y llego con mucho gusto. .

ISABEL. ¿Es una separación lo que me propones?

ENRIQ. Eso mismo. Y como tu madrastra ya no está; como ya no tenés el pretexto de no poder vivir con ella... ¡Te vas con tu padre! Yo te paso lo que sea...

ISABEL. Yo no necesito nada, yo no quiero nada de ti...

ENRIQ. Ni yo tampoco de vos, nada, nada...

ESCENA ULTIMA

Dichos y *Don Juan,* lateral derecha.

ISABEL. Papá...

JUAN. Estáis en plena armonía, ¿eh?... Como siempre. *(Pausa.)* ¡Vaya, vaya, vaya! Pues me alegro de encontraros juntos, aunque no de encontraros en esa "tesitura", que no es muy divertida, la verdad... pero...

ENRIQ. Señor don Juan...

JUAN. No te apures, hijo, no os apuréis; no vengo a reñiros, ni pienso meterme en vuestras disputas, no olvidéis que soy suegro, ¡y no suegra! y además, advertid que vengo muy contento, de muy buen humor... *(Deja el sombrero y la capa sobre la mesa y se sienta.)* ¡Sí, me felicito de encontraros juntos porque he de comunicaros a los dos una noticia!... sentaos, sentaos... Así... *(Ellos se sientan.)*

ENRIQ. ¿Una noticia?

ISABEL. ¿Mala, papá?

JUAN. ¡No! Es decir, para mí muy buena... para vosotros no sé... no me gusta aventurar mis juicios... Me voy a Buenos Aires...

ISABEL. ¡Por Dios, no digas locuras, no las pienses, no me aflijas, te lo suplico!...

JUAN. No, no, nada de aflicciones, nada de tristezas; yo no quiero que nadie esté triste, ni yo volveré a estarlo nunca. Vuelvo a ser optimista, y con toda la alegría de que soy capaz, en esta vejez mía, tan limpia y tan honrada, os digo, me voy, y con alegría quiero que lo toméis...

ISABEL. Pero, papaíto...

ENRIQ. Vea, don Juan; nosotros no podemos tomar, no ya con alegría, ni con tranquilidad siquiera que usted se vaya.

ISABEL. Sí, papaíto. Dí que no es cierto, lo has pensado mejor. ¿No te importa separarte de mí?...

JUAN. Tú tienes tu hogar, tu casa...

ENRIQ. Pero, don Juan...

JUAN. Y tenéis vuestras rencillas constantes, que son un disgusto para mi, que me entristecen y yo no quiero estar triste... porque es pecado. Tengo el deber de ser feliz. Yo os uní; yo quise ser el buen galeoto de vuestros amores, me salió mal, ya lo veo; vosotros sois mi mala obra mi error, sois el pasado y os olvido.

ISABEL. ¡Olvidarnos, papá! ¡Pero esto es inconcebible en ti!... Te vas por no oírnos reñir; ¿eres capaz de tamaño egoísmo?

JUAN. ¿Egoísmo? No vuelvas a hablar de egoísmo tú, que cometes continuamente un pecado de soberbia.

ISABEL. Pero, papá, escúchame...

JUAN. Aquí nadie sabe retenerme y nadie quiere seguirme...

ENRIQ. Don Juan, por favor, usted no conoce aquello tan lejos, solo...

JUAN. Pudiera morir, ¿no es eso? Alguna vez había de ser; pero no hay que pensar en ello. Acaso toda la ciencia de la vida consista en olvidarse del pasado y de la muerte.

ENRIQ. Pero...

JUAN. Y si muriera allá, mejor para tu Buenos Aires. Los huesos de un español como yo, sirven siempre de abono a la tierra donde reposan... Escribí a un amigo, me contesta, y me marcho dentro de cuatro dias...

ISABEL. Papá...

JUAN. Basta. Voy cara a la vida, a favor de ella, que aún esperan algo mis setenta años; pero ahora, pensad y comparad: ¿Qué esperáis vosotros? Sois jóvenes, sois inmensamente ricos, la vida os sonríe y os empeñáis en marchar en espaldas a la vida, que no se nutre de rencores ni de malos recuerdos, que hay que tejerla con el amor y con el ensueño. Por renovar rencillas que pasaron, por fomentar vuestra soberbia satánica y estéril, como todo lo que es obra del demonio, tenéis ojos y no os mi-

ráis, tenéis corazón y no os amáis, tenéis lozanía en vuestros labios y no sabéis juntarlos en un beso. Por eso me voy, a ver si vuestra soledad os mueve a encender la hoguera de vuestro cariño. El camino es muy largo, y no todo de rosas, pese a mi optimismo... probad a andarlo juntos. El mundo se desangra, hijos míos; todo son guerras, desolaciones, exterminios... ¿Sabéis por qué? Porque los hombres no se quieren los unos a los otros. Tienen el sentimiento primitivo y salvaje de la tribu, pero no sienten la solidaridad humana: "Amaos los unos a los otros", es el divino consejo y el más noble que jamás oyeron los hombres. *(Transición.)* Y ya os hablé bastante. Ahora, hasta luego, que todavía no os digo adiós; hasta luego... *(Ya en el foro.)* Y pensad mientras tanto, y no olvidéis el divino consejo: "Amaos los unos a los otros", ¡hijos mios!... *(Mutis. Después de una pausa en que ambos han quedado inmóviles.)*

ENRIQ. ¡Isabel!... ¿Qué piensas?...

ISABEL. En mi padre... *(Inmóvil, pensativa.)* que se va...

ENRIQ. No se va, no; ha mentido...

ISABEL. ¡Oh!... ¿esto más?...

ENRIQ. Ha mentido, sí, a ver si despertaba un sentimiento en tu corazón... Creyó que vos podrías desir que me querías... que podrías sentirlo. Y no lo dirás nunca, porque no me querrás nunca, no podés quererme... *(Ella sigue quieta.)* ¿Y sabes por qué? Por lo mismo que aquí no puede quererme nadie, por el acento. Como yo no hablo castellano, sino criollo argentino, a los gayegos nunca le suena a verdad lo que digo. Corazón con ese, no suena lo mismo que corazón con zeta. *(Ella suspira.)*

ISABEL. Calla, Enrique, por favor... Déjate de bromas...

ENRIQ. ¿Bromas? No, no son bromas. Así como el gaucho desconfía del español que le habla con la zeta, aquí desconfían del americano que habla con la ese. ¡Nos toman para la farra! Y yo

sé quién tiene la culpa. Ha venido de allá, de nuestras tierras, tanto poeta malo, tanto orador ridículo con eso que dicen el verbo de la raza, que cuando viene un hombre como yo, que no hace versos, ni pronuncia discursos, lo toman para el ridículo igual que a los literatos. ¡Y yo no soy literato, che! Yo soy un hombre que ha venido aquí por su gusto; que está aquí por su gusto, y que se gasta aquí muy a gusto la plata que sus padres se ganaron en mi Argentina, y quiero a esto con todo mi corazón, corazón con ese, con la misma ese con que se pronuncia sincero y generoso, lo quiero porque de aquí es mi sangre, y de aquí la mujer que adoro, y de aquí quería yo que fueran mis hijos. Pero como no sé hablar y sólo sé sentir y no puede ser, soy yo quien se va para siempre, y te deja la casa y...

ISABEL. No, Enrique... no... ¡No te vayas, por Dios!... Tu emoción vale por el más limpio y sonoro castellano y me canta en el alma, como si fuera el sueño de toda mi vida...

ENRIQ. ¡Isabel!...

ISABEL. ¡Te quiero, te quiero, gauchito mío! *(Se abrazan.)* Perdóname...

ENRIQ. ¡Vos a mí, vos a mí, gayeguita de mi alma! *(Dentro se oye la huella que canta el jardinero.)*

A la huella, huellita,
huella bailando,
hasta la mar los ríos
se van cantando...

TELÓN